

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

"NARRADORES EN PRIMERA Y EN SEGUNDA PERSONAS, MIRADA ÍNTIMA EN LAS
HISTORIAS"

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

UACM

BIBLIOTECA

PRESENTA:

SAN LORENZO TEZONCO

CONCEPCIÓN VERA DOMINGUEZ

DIRECTORA:

MTRA. GABRIELA VALENZUELA NAVARRETE

MÉXICO, D.F. MARZO DEL 2012

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

UACM TST-253

TE
PQ 7127
V47

Índice

Introducción

- I. Y la Tierra se pobló de historias...
- II. El cuento: nada interesa al hombre más que el hombre mismo
- III. Del cuento clásico al híbrido
- IV. La mirada íntima en las historias

Conclusiones

Bibliografía

El naranjo y otros cuentos

1. "El naranjo"
2. "Pulga de agua"
3. "Treinta pesos"
4. "El lugar sagrado"
5. "La Chula"
6. "No es mi tiempo"
7. "Las patas de elefante"
8. "El taxi"
9. "Yo nomás soy el chofer"
10. "Don Andrés"
11. "¿Loco yo?"
12. "Todos son iguales"

Agradecimientos

A la UACM – IC y TDF por la beca que me otorgó para término de trabajo recepcional.

A la UACM y a la CSC por la beca que me otorgó para impresión y empastado de trabajo recepcional.

A mis queridos profesores y lectores.

A Gabriela Valenzuela Navarrete, que estuvo conmigo hasta el final.

Dedicatorias

Para:

Avril

César

Mis padres

Mis muertos

Mis amigos: Yolanda y Javier

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos años me introduje en la creación de historias, en ese mundo florido y lleno de posibilidades que explotan sobre una hoja impregnada de blancura que intimida. Fue entonces cuando mi vista y mi intuición se agudizaron. Aprendí a olfatear posibles historias en donde cualquier otro mortal que carezca del hambre infinita del escritor, de esa necesidad de contestar preguntas o de crear seres de pluma que respiran, no encontraría. Sólo recuerdo que todo comenzó como un virus que me desestabilizó; sentí el hormigueo que antecede a la creación y me puse a escribir. A partir de entonces, mundos y gente danzan por las telarañas de mi mente, donde se tejen ambientes y vidas, como si estuvieran en el infierno y esa tarea les hubiera sido consignada por todos los siglos. Las historias vuelan lentas, el polvo se les adhiere para compactarlas. Después, las letras salen disparadas y se alinean al compás de mi voz. Se acurrucan en las hojas y se expanden con la confianza de que su vida no será estéril, pues traen en la frente la señal de que serán ordeñadoras de emociones en los lectores. Durante estos tiempos, la he hecho de poeta y eso me permitió rozar las crestas de un sentimiento; también la hice de novelista, apareció una novela que sigue en proceso, que me mostró a aquellos seres autónomos, de carne y hueso, que creen en su historia y que exigen que la termine.

También intenté un gran reto: escribir cuentos para ver posibilidades de la condición humana. Así que este trabajo se desprende de la serie de relatos que presento, que lleva por título "El naranjo y otros cuentos". Después de una pequeña investigación, que aparece en el capítulo "Y la Tierra se pobló de historias", descubrí que la necesidad de escribir y de escuchar historias viene de tiempos infinitos, desde antes de que la lengua se arrojara con el habla y de que la escritura dejara sus primeras huellas en un papiro. Observé también que el cuento ha tenido transformaciones durante todos esos años.

En intención, los cuentos que presento se insertan en la narrativa urbana y es precisamente en el primer capítulo donde veo a los abuelos del cuento urbano, pues doy una breve caminata por el siglo XIX, momento importante del género cuentístico, que cosechó diferentes estilos de escribir, como la literatura realista, la naturalista y la costumbrista.

Asimismo, en el capítulo “El cuento: nada interesa al hombre más que el hombre mismo”, conviví con Edgar Allan Poe, Julio Cortázar, Ernest Hemingway y Juan Bosch, estos escritores que han tenido la necesidad de dar una definición y consejos sobre el género que los apasiona, con la idea de que una obra creativa sea más eficaz. En el capítulo “Del cuento clásico al híbrido”, observé con Lauro Zavala las transformaciones del cuento han alcanzado nuestros días, además de los diferentes tipos de cuentos que existen, como el clásico, el moderno y el posmoderno.

En el capítulo “La mirada íntima en las historias”, vi que los narradores no tienen la misma perspectiva. La impresión que da contar desde el narrador en primera y el narrador en segunda persona no es igual que contar a partir de una tercera persona, pues los dos primeros dan una sensación de intimidad en el relato.

En estas historias muestro a personajes de los que he escuchado hablar o simplemente con los que me encuentro en la vida diaria. Los cuentos son: “El naranjo”, en el que existe un personaje que es muy religioso, pero que deja morir a su nieto; “La Chula” habla de Cirilo, una persona solitaria que se enamora de una perra; en “Pulga de agua”, se observa la impotencia de un vagabundo al perder a su mascota; en “Treinta pesos”, la sed y el hambre hacen que una prostituta se venda a menor precio; en “El lugar sagrado”, un teporocho ve con asombro cómo es bautizado por la muerte; en “No es mi tiempo”, un anciano decide morir al no superar un duelo; en “Las patas de elefante”, Aurelio se da cuenta de que le gustan los homosexuales; en “El taxi” don

Eusebio, un hombre que tiene una especie de gigantismo en los dedos, le corta sin querer un dedo a un pasajero; en “Yo nomás soy el chofer”, el Carcajadas deja a su amigo, el Bebé, con el cuerpo de una mujer que acaban de tirar; en “Don Andrés”, Carlos ayuda a secuestrar a un anciano que termina muriéndose; en “¿Loco yo?”, un abuelo piensa que su esposa lo engaña con el nieto de ambos; en “Todos son iguales”, el personaje que no tiene nombre y Rodríguez planean una venganza que al final no consuman.

Después de terminar este trabajo que presento y que antecede a los cuentos, observé que para ser una escritora no basta ese deseo infinito que gorgorea en el espíritu y que lanza historias al exterior. Me di cuenta de que para ser cuentista apenas comencé el camino donde me iré abriendo paso lentamente. Así pues, doy lugar a la investigación.

CAPÍTULO 1

Y la Tierra se pobló de historias...

Se podría decir que la necesidad de narrar surgió al mismo tiempo que el hombre, pues los antecedentes del cuento son vastos. También las formas de contar que durante el paso del tiempo se han transformado. Así pues, uno de los parientes más antiguos del cuento es el mito, forma literaria de interés colectivo que utilizaba el ser humano para plasmar su cosmovisión del mundo y responderse los misterios que le planteaba la naturaleza y su condición humana, porque no encontraba lógica. Según el lingüista holandés Jan de Vries, los mitos y los cuentos se asemejan en la estructura, pero el fin es distinto, cada uno tiene intenciones diferentes: “aunque el mito y el cuento son formas narrativas emparentadas, los estudiosos están de acuerdo en que existe un abismo insondable entre un relato antiguo, en el que se cree religiosamente, y una narración que sólo sirve para pasatiempo”.¹

Existen infinidad de relatos que han sido considerados origen origen de los cuentos porque “presentan una historia cerrada a través de una acción sostenida”.² En Egipto se han encontrado historias consideradas como cuentos, que datan de 2000 años antes de Cristo, como el relato de Sinuhé. También están las fábulas del griego Esopo, o la serie de relatos indios del Panchatantra del siglo IV d. C. Los ejemplos citados tienen su base en la tradición oral. Debido a esa necesidad de contar o de escuchar historias, éstas se fueron pasando de boca en boca, de generación en generación. Por eso, algunas veces se encuentran distintas versiones de una misma historia que vienen de épocas diferentes y hasta de países diferentes. Así, no existía un solo autor de esos relatos, sino varios autores que los modificaron con la marcha del tiempo, pues como explica Robert

¹ Diógenes Valdez. *El arte de escribir cuentos: apuntes para una didáctica de la narrativa breve*. República Dominicana, Editora Manatí, 2003, p. 18.

²Guillermo Samperio. *Después apareció una nave, Recetas para nuevos cuentistas*. México, Alfaguara, 2006, p. 19.

Darnton: “Sin duda los procesos de transmisión afectan los cuentos en forma distinta en diferentes culturas”.³

En la Edad Media surgieron relatos de temas religiosos y moralizantes que han llegado hasta nuestros días y que también son considerados como cuentos. De ese tiempo es el libro de *El conde Lucanor*, escrito en castellano antiguo, un libro que apareció entre el año 1330 y 1335, hecho de exempla o cuentos moralizantes, procedentes de la antigüedad. Guillermo Samperio explica que la narración número 38, que lleva por nombre “De lo que aconteció a un hombre que iba cargado de piedras preciosas y se ahogó en el río”, es un claro ejemplo de un antecedente del cuento.

En esa época también aparecieron compilaciones de cuentos folclóricos, como las que hizo el escritor francés Charles Perrault. Recopiló estas historias de la tradición oral del folklore popular francés, de leyendas medievales y de textos del Renacimiento, pero las reelaboró para adaptarlas a su época. Como ejemplo está el cuento de “Caperucita roja”, del que existe una versión medieval, pero “no se trataba de un cuento para niños, sino de una historia verdaderamente propia para la clasificación C, en la que la caracterización del lobo, sin ir más lejos, incluía beber tarros de sangre”.⁴

Los años del siglo XIX fueron una época de revoluciones en todos los ámbitos. Brotaron ideas como el liberalismo y el nacionalismo. Estos acontecimientos también se vieron marcados en las letras, pues fue cuando se vio con otros ojos al cuento, porque empezaron a considerarlo como un género literario. Éste cobró autonomía y comenzó a ser importante en la literatura. Los temas moralizantes quedaron atrás. Ahora la finalidad era estética. En el nuevo cuento apareció el autor que representaba su obra, ya no era anónimo. El auge surgió en Europa y Estados Unidos gracias a la

³ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* “Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca”, traduc. Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 27.

⁴ Guillermo Samperio. Op. Cit. p. 24.

oportunidad que les dieron las revistas y los periódicos a los escritores para que publicaran.

Al mismo tiempo, es en el siglo XIX cuando los escritores comienzan a reflexionar sobre lo que un relato debe de cumplir para que tenga la función de un cuento y no de otra cosa. Entonces aparece Edgar Allan Poe quien, preocupado por encontrar la técnica para hacer más efectivo un cuento, revolucionó el género con su teoría de la unidad de impresión. A partir de él apareció el cuento moderno, pues fue un escritor que se caracterizó porque “los recursos y elementos imaginativos de sus cuentos rompen con todos los moldes anteriores...”.⁵ En sus cuentos, hay elementos novedosos para la época, como el empleo del tiempo y el final abierto. Poe se preocupó por observar la composición narrativa y por mantener la mirada del lector en la historia, y, para lograrlo, él afirmaba que en el cuento era necesaria la intensidad y la brevedad.

En este nuevo cuento ya no importa la moraleja. Lo interesante es el realismo como elemento narrativo y las motivaciones de los personajes. Entre los escritores que practicaron este nuevo género se encontraba Anton Chéjov, autor de “La dama y el perrito”, que fue considerado uno de los maestros del cuento. Él plasmó la desdicha, la monotonía de la vida cotidiana, la condición de seres ignorantes que habitan en la realidad:

Al igual que en sus obras de teatro, poca acción aparente hay en sus cuentos. Chéjov parece pintar sus narraciones. Y aquí están sus características: esa fina ironía, ese aire nostálgico, ese color gris, esos medios tonos, esas medias emociones, esa delicada atmósfera otoñal que surge de ellos, características de origen pictórico.⁶

En cambio, Poe expuso mundos extraños, poblados de elementos fantásticos que atravesaban las barreras de lo cotidiano y que mantenían al lector con las uñas clavadas

⁵ Ídem, p. 26.

⁶ Anton Chéjov Pavlovich, (prólogo) Vladimiro Rivas Hurralde. *Narraciones*. Sin lugar de edición, Libresa, Colección Antares, 1995, p. 19.

en el sillón. Su manera de escribir era el resultado de la idea de que la realidad verdadera era estética.

En el caso particular de México, Alfredo Pavón y Jaime Erasto Cortés explican, luego de una rigurosa investigación, que el cuento en México surgió el 1º de noviembre de 1814, con “Ridentem dicere verum ¿quid vetat?”, de José Joaquín Fernández de Lizardi, más conocido por *El Periquillo Sarniento*. Los investigadores explican que en el texto:

Los personajes están perfectamente delineados y poseen, por tanto, su propia personalidad... El proceso de tránsito está bien marcado respecto de las indicaciones temporales y espaciales. El narrador, intradieético y en primera persona revela su aquí y ahora antes de proponerse como testigo de los eventos. El texto, pues, posee autonomía, configuraciones internas, desarrollo diegético pleno. Se gana así su sitio de fundador de la cuentística mexicana moderna.⁷

Por aquel siglo, en Europa surgió el costumbrismo, aproximadamente por el año de 1838. Fue un movimiento literario que deseaba plasmar en la escritura la diversidad cultural de la época. Esta literatura era local, tenía como única intención describir en su prosa aquellos paisajes, costumbres, los modos de vida y los personajes típicos del tiempo. Estos personajes eran retratados con un vocabulario colorido característico de una región determinada, ya que con esta literatura se trataba de buscar una expresión nacional. En México, se trataba de plasmar la época de Independencia: “Los temas costumbristas se nutrieron de usos y tipos del pueblo, de críticas, de defectos y vicios observados en esa realidad, de la inmadurez política en gobernantes y gobernados en sociedades nuevas, recién advenidas a la Independencia”.⁸ Entre los autores costumbristas mexicanos estaba Manuel Payno, que escribió la novela *Los bandidos de Río Frío*.

⁷ Belém Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra. *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. I, Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. México, UNAM, 2005, p. 259.

⁸ Estuardo Núñez. *Tradiciones hispanoamericanas*. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 9.

En ese siglo de revoluciones, también se concebía al arte como un espejo de lo cotidiano y de esta forma era como algunos escritores lo plasmaban en su obra, entre ellos Gustave Flaubert y Honoré de Balzac. Esta literatura surgió en Francia y mostraba descripciones minuciosas que revelaban la forma de vida de la época. A esta manera de contar se le llamó literatura realista: “El habla de los personajes se acercaba a la forma de expresión cotidiana que caracteriza sus propias condiciones: nacionalidad, clase social, rasgos psicológicos, etc”.⁹ Este tipo de escritura surgió debido al crecimiento urbano y a la aparición del proletariado, pues sobre todo interesaba plasmar los problemas sociales de la época: “El escritor realista del siglo XIX, podía creer que le movía un conjunto de valores auténticos que le autorizaban a medir lo de fuera en todas sus dimensiones (políticas, sociales, culturales, filosóficas, religiosas...)”.¹⁰ La idea del escritor realista era la de hacer un retrato objetivo, detallado y exacto de la vida diaria, en vez de imaginarla, ya que su interés estaba en mostrar la problemática del ser humano.

En el caso de México, el realismo se ubicó entre 1880 y 1910, época del Porfiriato, en la que si bien hubo crecimiento económico, también surgieron desigualdades sociales que desataron huelgas como la de Río Blanco y la de Cananea. Este tipo de creación literaria se dio en escritores como José López Portillo y Rojas, autor del cuento “Reloj sin dueño”, o Emilio Rabasa, escritor de “La bola”, considerado uno de los iniciadores del realismo en México.

En Francia, en esos años brotó el movimiento literario del naturalismo, una manera particular de escribir novela, también aplicada al cuento. Ésta fue más allá del realismo

⁹ Ana María Maqueo Coronado. *Lengua y literatura. Literaturas hispánicas*. México, Limusa, 2005, p. 17.

¹⁰ Alicia G. Andreu. *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1988, p. 7.

y del costumbrismo, pues implantó un método científico para acercarse más a la verdad de las cosas. Apareció para hacer una literatura distinta a la existente. Emilio Zola lo llamó un movimiento de inteligencia que debía aplicar el método experimental al estudio de la naturaleza y del ser humano, esto es, aplicar la observación y la experiencia a la literatura, porque él aseguraba que “los tiempos han cambiado: hemos entrado en una época de acción, en la que la literatura heredada no corresponde ya al estado de nuestro espíritu”.¹¹ En el naturalismo literario, se hacía uso de descripciones detalladas del entorno social de la época; en su mayoría, los personajes eran pobres y marginados. La intención de describir dichos ambientes era la de ver la influencia que ejercía el ambiente en la forma de ser de los personajes y su modo de actuar en la vida.

En 1880, Zola publicó su manifiesto de “La novela experimental”. Él estaba seguro de que la forma de llegar a la verdad era aplicando el método experimental a la escritura. El autor francés se apoyó en la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, escrito por el doctor Claude Bernard, quien con la ayuda de la fisiología y el método experimental, logró que la medicina ingresara a la vía científica, pues antes se le concebía como un arte. Así, con el apoyo del método experimental que conducía al conocimiento de la vida física, Zola pensaba también llegar al conocimiento de la vida pasional e intelectual del ser humano. Él creía que el novelista debía ser un observador de los hechos, tal como se los muestra la naturaleza para luego ser un experimentador que interpreta y modifica lo visto por él:

En suma, toda la operación consiste en tomar los hechos en la naturaleza, después en estudiar los mecanismos de los hechos, actuando sobre ellos mediante las modificaciones de circunstancias y de ambientes sin apartarse nunca de las leyes de la naturaleza. Al final, está el conocimiento del hombre, el conocimiento científico en su acción individual y social.¹²

¹¹Pura Fernández. *Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam – Atlanta, Editions Rodopi B. V, 1995, p. 84.

¹²Émile Zola. *El naturalismo*. Barcelona, Ediciones Península, 1972, p. 35.

Con el apoyo del método experimental, el escritor podía hacer el estudio social del hombre, ver su voluntad, su sensibilidad y su forma de actuar, influido por el medio ambiente en que se desarrolla. Zola hace una comparación del *circulus* vital de Claude Bernard con lo que él llama el *circulus* social. El médico Bernard explicaba que existe cierta armonía entre los órganos musculares y nerviosos y los órganos que preparan la sangre, ya que se cuidan unos a los otros, pero en cualquier momento uno de éstos puede dejar de funcionar y desequilibrar el cuerpo. De esta manera, afirma el escritor francés, es como funciona el *circulus* social, pues “tanto en la sociedad como en el cuerpo humano, existe una solidaridad que une a los diferentes miembros, los diferentes órganos entre sí, de manera que, si un órgano se pudre, muchos otros son alcanzados y se declara una enfermedad muy compleja”.¹³

Con el método experimental, el escritor podía controlar el medio, actuar sobre los hechos para llegar al conocimiento de una verdad. “Somos (...) experimentadores que demuestran por la experiencia cómo se comporta una pasión en un medio social. El día en que conozcamos el mecanismo de esta pasión podremos intentar reducirla o, por lo menos, hacerla lo más inofensiva posible”.¹⁴ En esto, también coincidían las ideas de Emilio Zola con la medicina experimental: el fin de controlar la naturaleza para el bien del hombre. Por eso, el escritor naturalista debía de conocer todas sus leyes y comprender el porqué de la cosas, para manejarlas. “Las únicas obras grandes y morales son las obras de verdad”.¹⁵

Los cuentos que presento tienen influencia del costumbrismo, del realismo y del naturalismo, ya que en ellos plasmo costumbres y ambientes que tienen que ver con la

¹³ Ídem, p. 49.

¹⁴ Ídem, p. 46.

¹⁵ Ídem, p. 56.

forma de ser de los personajes. Además, su forma de hablar va de acuerdo a su condición. Por ejemplo, en el cuento de “Ya no fian”, la protagonista dice:

—¡Uy! ¿Piensas que por esa mierda me voy a revolcar contigo? Regresa luego, pero a ver si me encuentras. Pinche enano lujurioso. Todavía de que le voy a hacer el favor, no completa. Va sacando sus pinches moneditas de a cincuenta centavos, tú. Lo que tengo que aguantar en mi oficio. Y ya van a ser las doce del día y no ha caído ningún chile.

Al igual que los naturalistas, pienso que en ocasiones el ambiente social puede ser una causa de la manera de actuar del personaje. Por ejemplo, los protagonistas de los cuentos que entrego se encuentran inmersos en un ambiente marginal y de pobreza, que orilla a algunos de los personajes al alcoholismo, como al “Simio” de “El lugar sagrado”, quien toda su vida se ha movido en un medio social hostil, o como el personaje de “Pulga de agua”, un vagabundo que se gana la vida con la venta de PET y de pulga de agua. No obstante, mi único fin es hacer literatura. No deseo ver en dónde está el problema para llegar a la verdad y atacar el mal, como lo hicieron los naturalistas.

La idea de la realidad en el arte no surgió en el siglo XIX con los realistas y los naturalistas; viene desde tiempo atrás con los griegos y la idea de *mimesis*, que Platón entendió como la imitación de la naturaleza en el arte. “La idea de Platón era parecida a la propuesta que bajo el nombre de naturalismo se llevó a cabo en el siglo XIX”.¹⁶

Aunque las cosas que veo en la realidad me sirven de apoyo, no plasmó ésta exactamente como es, ya que hace acto de presencia mi imaginación, herramienta que utilizo para crear los ambientes y los personajes que habitan en mis cuentos. Además, dibujo la forma particular como concibo el mundo, pues como decía Aristóteles, el arte

¹⁶ Wladislaw Tatariewicz. *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia, estética*. Madrid, Tecnos, 2001, p. 303.

imita la realidad, pero no es un copia exacta, “sino un libre enfoque de la realidad; el artista puede presentar la realidad de un modo personal”.¹⁷

En intención, todos los cuentos que presento son urbanos, pues las historias surgen en la calle, en esas zonas marginadas de la periferia, esa narrativa “que se inserta en los mundos más sórdidos de la ciudad”,¹⁸ como la representada por escritores de barrio, como les suelen llamar, y que escriben sobre determinado espacio social, de la manera que lo hicieron los costumbristas en su época, como ejemplo está Armando Ramírez, autor de la novela *Chin Chin el teporocho*, quien escribe acerca de Tepito. También está Emiliano Pérez Cruz, escritor de la novela *Borracho no vale* y del libro de cuentos *Tres de ajo*, entre otras publicaciones; en su prosa, se adueña de los pequeños mundos que existen por ejemplo en las colonias de ciudad Nezahualcóyotl, donde abundan las historias de personajes estrambóticos, comunes en ese lugar, como el típico teporocho que pide un peso para su alcohol de caña, el vagabundo que arrastra su costal al compás de su andar o la prostituta barata parada en la esquinas de alguna cervecería.

Un ejemplo de esta forma de escribir es “Treinta pesos”, que se inserta en esa prosa urbana, ubicada en Nezahualcóyotl: “Estamos recargadas afuera del cervicentro, aquí en Neza, en la avenida ancha donde está la escultura roja y monstruosa del Coyote”, o mi cuento “El lugar sagrado”, donde, cabe mencionar, se muestra el lenguaje particular de los teporochos: “¡No mames! Estás re malo, Simio. Ya estás veterano, por eso te hacen las crudas más criminales. Te ves bien chacalón”.

Algunos de los cuentos que presento no tienen directamente un ambiente urbano, tal es el caso de “El naranjo”, “No es mi tiempo”, “La Chula”, “Don Andrés” y “Loco yo”, pues el ambiente de estos cuentos no se encuentra en la calle. No obstante, los

¹⁷ Ídem, 303.

¹⁸ Armando Pereira, Juan Antonio Rosado, Angélica Tornero. *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*. México, UNAM, 2004, p. 305.

inserto en la prosa urbana, debido a que las historias de esos personajes se escuchan en las calles de las zonas urbanas. Así, todos ellos conviven en el mismo lugar como flores de belleza extraña que adornan las esquinas de cada calle, que utilizan el mismo léxico para comunicarse, sean jóvenes o de edad avanzada, y se expresan de la misma forma, con un lenguaje juguetón, a veces con doble sentido.

CAPÍTULO 2

El cuento: nada interesa al hombre más que el hombre mismo

Aunque pudiera hacerse una definición genérica del cuento, es difícil dar con una teoría universal de lo que es. Se puede hablar de elementos, “de ciertas constantes que dan una estructura a este género”¹⁹, explica Julio Cortázar. Estas constantes se han visto en las teorías de los escritores que han hablado de ese género, que según Enrique Anderson Imbert es el género que está más cerca de la espontaneidad de la vida, y para Cortázar, es la fugacidad en una permanencia.

En 1842, Poe expuso que la intención del cuento es producir un efecto único. Para él, importaba que la finalidad de la obra literaria llevara al elemento artístico llamado unidad de efecto o impresión. Para el escritor de “El corazón delator”, el cuento se prestaba más que cualquier otro género para ese efecto artístico porque es corto y se puede leer en una sesión. Durante ese tiempo, el lector estará sometido a la voluntad del escritor. Antes que nada, creía Poe, el autor debía pensar bien el efecto único, que se logra apoyándose en los incidentes que mejor lo auxilien para lograr lo deseado. El efecto único, escribe el autor de “El retrato oval”, debe tratarse desde la primera frase para atrapar al lector, de lo contrario, éste no tendrá la curiosidad de seguir con la lectura: “No debería haber una sola palabra en toda la composición cuya tendencia, directa o indirecta, no se aplicara al designio preestablecido”.²⁰ Es en el cuento, según Allan Poe, donde se busca la verdad, el razonamiento. Este género permite usar el sarcasmo, el humor o plasmar la pasión, el horror, infinidad de elementos, a pesar de su cortedad.

En la entrevista en la que define “El principio del iceberg”, Ernest Hemingway decía que él escribía con el principio del témpano de hielo, que esconde debajo del agua

¹⁹ Lauro Zavala, (comp.). *Teorías del cuento I. teorías de los cuentista*. México, UNAM, 2008 p. 305.

²⁰ Ídem, p. 17.

siete octavas partes de su cuerpo por cada parte que se observa: “uno puede eliminar cualquier cosa que conozca, y eso sólo fortalece el t mpano de uno. Es la parte que no se deja ver. Si un escritor omite algo porque no lo conoce, entonces hay un boquete en el relato”.²¹ La idea es transmitir una experiencia en al lector, por eso, debe quitarse todo lo que no sirva. Así, el autor tiene la libertad de quitar lo que sea necesario, “y el lector, si el escritor escribe con la suficiente sinceridad, tendrá un sentimiento de esas cosas tan fuerte como si el escritor las hubiese expresado”.²²

El escritor de *El viejo y el mar*, en el ensayo “El arte del cuento”, expone que no se debe conservar todo lo escrito, hay que quitar cosas, ya que una historia se fortalece si se dejan fuera del cuento algunas situaciones que resultan intrascendentes. Con esto, el cuento mejorar  y tendrá coherencia, pues no todo lo que se escribe sirve, sino que puede ser paja que sólo estorbar  en la historia.

Al igual que Hemingway, yo aplico la regla de eliminar lo que sobra. La historia de “La Chula”, al principio abarcaba cuatro cuartillas de escritura, pero detectó que algunas frases y descripciones eran innecesarias, sólo estorbaban, pues según mi visión, aburrir n al lector. Por ejemplo, el personaje de Cirilo decía que estaba feo y que por eso nunca se había casado; además, mencionaba que era una persona honrada y en qué cosas había trabajado. Esto es parte de lo que eliminó porque me di cuenta que no tenía peso en la historia y hacía denso el cuento, se sentían tropezones.

Antes de escribir, refiere el autor de “Los asesinos”, el escritor debe tener información suficiente acerca del personaje para escribir a partir de lo que conoce. A eso le llamó el antecedente del cuento, y para eso hay que tener un oído perfecto. Para Hemingway, la frase es importante para tener un buen arranque de cuento. Este consejo

²¹, Lauro Zavala, (comp.). *Teorías del cuento III. Poéticas de la brevedad*. México, UNAM, 2008, p. 25.

²²  dem, p. 28.

lo dio también a través del personaje que lleva su nombre en la novela *París era una fiesta*: “No te preocupes (...) lo único que tienes que hacer es escribir una frase verídica. Escribe una frase tan verídica como sepas”.²³

Nuevamente en mi caso, procuro siempre saber más acerca de los personajes que habitan en mis cuentos, como en “Las patas de elefante”, donde, antes de escribir el cuento, tenía la información de quién iba a ser el personaje: Aurelio, un hombre divorciado, sin hijos, que se comporta como una persona más joven. Además, también trato de escuchar el léxico de la gente que me rodea para saber la forma en que van a hablar mis personajes, como en el caso de los nombres que a los gay les gusta ponerse, como los de las actrices o nombres extravagantes, como el de Darinka.

Juan Bosch, en “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”, señala que el escritor es un maestro de emociones e ideas. Para él, el cuento debe tener indudable importancia y ser convincente para los lectores. Para esto, el escritor debe de contar con un oficio de escritor, con una técnica adquirida con la práctica, con la que se trabaja el esqueleto de una obra creativa. También, el cuento debe ser intenso; esto no es el resultado de la brevedad, sino de la voluntad sostenida con que el escritor lo trabaja. Por eso, el cuentista debe de estudiar bien la técnica. Ésta no tiene que ver con los finales sorpresivos; en un buen cuento no se necesita recurrir a este tipo de final.

En “Algunos aspectos del cuento”, escrito en 1962, Julio Cortázar explica que no hay leyes para escribir cuento, sino algunas constantes que dan estructura a este género: “...incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases”.²⁴ Él también menciona que la tensión se crea desde las primeras palabras. La significación, la intensidad y la tensión nos permiten aproximarnos a la estructura del cuento. El escritor argentino

²³ Diógenes Valdez. *El arte de escribir cuentos: apuntes para una didáctica de la narrativa breve*. República Dominicana, Editora Manatí, 2003, p. 39.

²⁴ Ídem. p. 309.

explica que el elemento significativo está en elegir un tema que muestre algo más allá de sí mismo, o sea, que muestre algo de la condición humana. “Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va mucho más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que cuenta”.²⁵ En el cuento se debe romper con lo cotidiano. Lo que caracteriza a un buen cuento, explica el escritor de “Continuidad de los parques”, es una realidad más vasta que la de su simple anécdota, es esa apertura de lo pequeño que nos lleva a lo grande, a la esencia de la condición humana. Para el escritor de *Rayuela*, lo mismo que para Hemingway, en el cuento se deben quitar las ideas o situaciones intermedias, todo lo que no sirva. De esa manera se crea la intensidad, porque un autor debe escribir intensamente: “No hay otra manera de que un cuento sea eficaz, haga blanco en el lector y se clave en su memoria”.²⁶ Cortázar también habla de tensión en el cuento, diferente a la intensidad. La tensión es la forma en que el escritor nos acerca poco a poco a lo contado. Ante todo, el cuento debe de ser profundo, intenso, significativo para cualquier lector. Sólo así será un cuento inolvidable.

En un mismo cuento se puede encontrar varios temas, pero hay uno que gana mayor peso que los demás conforme se va desarrollando la historia. El tema no tiene que ser algo extraordinario para que el cuento sea mejor. No necesariamente debe ser un acontecimiento insólito, fuera de lo común. Se puede hablar de cualquier cosa que, dentro de la historia, forma un hecho relevante.

La importancia del tema se ve reflejada en las poéticas de Juan Bosch y de Julio Cortázar. El escritor dominicano explica que se debe de escoger un solo hecho, mismo que es el tema del cuento: “Mucho más importante que el final de sorpresa es mantener en avance continuo la marcha que lo lleva del punto de partida al hecho que ha escogido

²⁵ Ídem, p. 310.

²⁶ Ídem, p. 319.

como tema”.²⁷ Dado que en el cuento se busca conmover y sensibilizar al lector, lo ideal, comenta Bosch, es hablar de temas universales, como el amor o el sufrimiento, por nombrar algunos: “Nada interesa al hombre más que el hombre mismo. El mejor tema para un cuento será siempre un hecho humano”.²⁸ Por eso el tema debe de ser importante. Como ejemplo, sacado del libro que presento, el cuento “No es mi tiempo”, cumple con lo que dice Bosch porque habla de un tema universal: el duelo tras la muerte de un ser querido; Rodolfo no logra reponerse luego de la muerte de Julieta, su esposa, y decide suicidarse.

Como se mencionó, también para Cortázar el tema es importante en el cuento. A esto lo llamó el elemento significativo: “Escoger un acaecimiento real o fingido que posea esa misteriosa propiedad de irradiar algo más allá de sí mismo”. Esa propiedad misteriosa de la que habla el escritor de *Rayuela* se encuentra presente en los temas de la condición humana. Para Cortázar el tema debe de ser excepcional y, si se le elige bien, el cuento tendrá “esa fabulosa apertura de lo pequeño hacia lo grande, de lo individual y circunscrito a la esencia misma de la condición humana. Todo cuento perdurable es como la semilla donde está durmiendo el árbol gigantesco”.²⁹

El efecto único, la primera frase, el movimiento, saber qué dejar fuera, la emoción, un hecho importante y la fuerza son algunos de los elementos en los que coinciden las teorías de estos grandes maestros, mencionados con anterioridad. Es importante para el autor que comienza a escribir cuentos conocer lo que dicen ellos.

Teresa Imízcoz Beunza, en su *Manual para cuentistas*, dice que en el cuento es muy importante que exista un cambio, aunque sea pequeño, porque los personajes, luego de lo que ocurre en la trama, no son los mismos de antes, aunque se reafirmen en

²⁷ Ídem, p. 266.

²⁸ Ídem, p. 268.

²⁹ Ídem, p. 313.

su desgracia o alegría. Bernardo Ruiz, en el libro *De escritura*, también coincide con Teresa Imízcoz en lo mismo, pues él piensa que la circunstancia en que inicialmente aparece el personaje es objeto de una transformación. Helena Beristáin, en el *Diccionario de retórica y poética*, refuerza esta idea cuando explica que “el cuento se caracteriza porque en él, mediante el desarrollo de una sucesión de acciones interrelacionadas lógicamente y temporalmente, la situación en que inicialmente aparecen los protagonistas es objeto de una transformación”.³⁰

En el cuento, el autor se propone causar un efecto en el lector. Por eso, es importante que en el ambiente del relato aparezcan las emociones que se intenta plasmar. Teresa Dey, en *Las estrategias de Caperucita. Tractatus ludicorum para cuentistas*, comenta que “el cuento debe reflejar emociones y acciones perfectamente creíbles dentro del contexto en el que éstas se proponen”.³¹

La vigencia de escribir cuentos radica en que se tocan temas que tienen que ver con la vida diaria. Augusto Monterroso comenta que “el tema de los cuentos es siempre el mismo pues se trata de hablar de sentimientos compartidos por todos y de las relaciones que tejemos en el trato cotidiano movidos por el amor o el odio, la envidia o la bondad, lo que hace que una tragedia griega pueda tener en el fondo el mismo entramado que un drama de barrio”.³² Así, los cuentos que presento, transmiten sentimientos afines a las personas.

Sea cual sea el tema, el cuento tiene una estructura, que es la que permite contar la historia. Para Helena Beristáin, ésta es “la forma en que se organizan las partes en el interior de un todo, conforme a una disposición que las interrelaciona y las hace

³⁰ Helena Beristáin. *Diccionario de retórica y poética*. México, Editorial Porrúa, 2004, p. 126.

³¹ Teresa Dey. *Las estrategias de Caperucita. Tractatus ludicorum para cuentistas*. 2006, Pág: 26.

³² Augusto Monterroso. “A propósito del cuento”. Disponible: 23 de octubre de 2011; http://www.cervantesvirtual.com/servlet/sirveobras/013383208575733387200680/207386_0021.pdf

mutuamente solidarias. En otras palabras, la estructura es el armazón o esqueleto constituido por la red de relaciones que establecen las partes entre sí y con el todo”.³³ Sin importar el orden en que se hallen, por lo general el cuento tiene un planteamiento, un clímax y un desenlace. No obstante, en la actualidad existen cuentos que no tienen alguno de esos elementos.

En el planteamiento, también llamado arranque en ocasiones, se muestra el tema que se desea contar y lo que el escritor desea transmitir, apoyado en las diferentes estrategias discursivas, como la descripción, la narración o el diálogo. En el arranque, se plantea el ambiente en el que se sitúa la historia y se presentan al o los personajes. “en él se describen hábitos, gustos u obsesiones”.³⁴ Por ejemplo, en el caso de mi cuento “El naranjo”, el primer párrafo muestra el tema, el fanatismo religioso de un sujeto. También muestra uno de los lugares donde sucede la historia, la cocina de la casa:

Ya no chilles, mujer. Si yo lo hice por el bien de nuestra muchacha. El Sagrado Corazón de Jesús estuvo de mi parte. Esto no fue un castigo, sino por el contrario, fue una señal, pa’ ver qué tanta fe le tenemos. Si hubiera hecho algo malo, ya estaría estirando la pata, con lo viejo que estoy. Además el bebé era prematuro, no se iba a lograr, pero deja de estar moliendo y mejor enciende el fogón pa’ que calientes los frijoles y hazte una salsa de chile guajillo, que ya me dio harta hambre.

Dentro del desarrollo, se encuentra el clímax, el momento clave de la historia, el punto culminante: “El clímax es el suceso mayor, normalmente hacia el final de la historia, que hace que todos los tonos que has estado tocando se aúnen en un coro mayor, después del cual cada uno de tus personajes ha cambiado profundamente”.³⁵ Por esa razón es importante que este punto se encuentre lo más cercano al final del relato, pues de lo contrario, el cuento perderá fuerza. En el mismo cuento, el clímax se encuentra antes del último párrafo, es donde se descubre qué le hizo el abuelo al bebé:

Cuando le sacaste el hijo, me lo llevé pronto allá atrás. Parecía un gato. A mí nunca me han gustado los gatos, ¿sabes? Mucho menos los niños y más si son mal nacidos.

³³ Helena Beristáin. Op. Cit., p. 200.

³⁴ Guillermo Samperio. Op. Cit., p.102.

³⁵ Teresa Imízcoz Beunza. *El arte y el oficio de contar historias*. Barcelona, Ediciones Península, 1999, p. 190.

¿Qué? No vi a quién se parecía, ya estaba muy oscura la noche. Esas cosas son rápidas. Hacía harto frío. Yo nomás lo dejé allí sin taparlo. Luego de rato ya estaba tieso.

El desenlace es el final de la historia. Allí se ve el conflicto resuelto y al personaje irremediabilmente transformado. En “Todos son iguales”, el personaje, Rodríguez, cambia, se vuelve sumiso:

Su rostro se ve desnudo, ya no trae esa coraza que lo disfrazaba de todo un hijo de la chingada. Le doy la mano para levantarlo. Le quito la tierra de la cara. Rodríguez suspira, al momento en que me da las gracias. Después saca los billetes arrugados, los estira, los cuenta y me da la mitad.

En fin, así existan y surjan infinidad de definiciones para ese género que ha subsistido durante todos estos años, se concluirá lo mismo: el cuento es sumergirse y explorar dentro de las tierras movedizas de la condición humana y sacar un hecho significativo que haga corto circuito en el lector. Por eso, el cuento es un género intenso, donde el autor expresa emociones y plasma una visión personal de cómo percibe el mundo. En él, se narra una acción en un momento determinado, marcado por el espacio y el tiempo, en el cual existe un conflicto: el personaje tropieza con algún obstáculo interno o externo que interfiere con su vida. Los personajes actúan y, conforme avanza la historia, cambian y se transforman

CAPÍTULO 3

Del cuento clásico al híbrido

Las transformaciones que ha sufrido el cuento han alcanzado nuestros días y, en la actualidad, hay diferentes formas de contar. Por ejemplo, existe el cuento clásico, según expone Lauro Zavala, el cual tiene inicio, desarrollo y desenlace, y en el que se cuentan dos historias al mismo tiempo, una de ellas oculta y que es la que crea la tensión narrativa. Al final brota la historia oculta, generando el final de epifanía, esto es una verdad de cualquier naturaleza, ya sea para el personaje o para el lector. Esta forma de

contar es “una de las diferencias fundamentales entre el cuento literario y el cuento de tradición oral o las fábulas moralizantes”.³⁶

También se encuentra el cuento moderno, en el que, explica el mismo teórico, la segunda historia permanece implícita y no necesariamente surge al final del texto. En este tipo de cuento se necesita leer el relato entre líneas. “Un cuento es moderno por la manera como cuenta su historia, al multiplicar sus posibles desenlaces, todos ellos implícitos en el relato, o al permitir varias interpretaciones a lo largo del relato mismo”.³⁷ En este tipo de relato, el final es abierto. Esto quiere decir que no concluye con el final de epifanía como el cuento clásico. Su significación tiene que ver con el manejo del lenguaje y las técnicas narrativas que utiliza el escritor.

El cuento o relato posmoderno, expone Zavala, es extremadamente breve y es el que predomina en la narrativa mexicana contemporánea. En él conviven elementos clásicos y modernos. Aquí, el relato experimenta, se hibridiza, se mueve para mostrar distintas posibilidades de ser, busca un acoplamiento. Por eso “se entremezcla, y en ocasiones se confunde con formas de escritura como la crónica, el ensayo, el poema en prosa y la viñeta”.³⁸

En general, los cuentos que presento se ubican en el cuento moderno, pues en las historias no brota la segunda, o sea, no existe el final de epifanía. Me inclino por el género moderno porque me interesa más el uso del lenguaje, por ejemplo el diálogo. Y, como lo dice Bosch, un buen cuento no necesita final sorpresivo.

³⁶ Lauro Zavala. “Un modelo para el estudio del cuento”. Disponible: 11 de diciembre de 2010; www.uam.mx/difusion/casadel tiempo/90_jul_ago2006/casa_del_tiempo_num90-91_26_31.pdf

³⁷ Lauro Zavala. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad vida cotidiana y escritura*. “La verdad sobre la verdad: estrategias para construir y deconstruir la realidad”. México, UAEM, 2006, p. 15.

³⁸ Lauro Zavala. “El cuento ultracorto baja el microscopio”. Disponible: 11 de diciembre de 2010; www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/zavala/1.m

Una de las estrategias discursivas presentes en mis cuentos es el diálogo, el cual tiene como intención permitir que la voz del personaje sea escuchada con el lenguaje que lo define. Además, de esta manera, se logra el mismo efecto que cuando se narra en primera persona: el lector siente más vivo al personaje, cree en su existencia porque se hace presente al hablar por sí mismo, sin intermediarios, como el narrador. De esa forma, el lector conoce más de cerca la forma de ser, lo que siente y piensa ese individuo que se comunica desde de la hoja porque “el diálogo debe ser significativo, revelar la personalidad del hablante”.³⁹ Por ejemplo, en el cuento de “El taxi”, en el diálogo se muestra la inconformidad que tiene el personaje hacia el gobierno:

—Pus sí, no hay de otra. Hay que trabajar, si no ¿quién te da pa’ las tortillas y los frijoles? Ni modo que el presidente. Ése nomás se rasca los huevos y luego se los huele. Es lo único que sabe hacer. Y los jodidos, chinguense, por tarugos. Y más sí está uno viejo. Ya no se encuentra chamba con facilidad.

Cuando hablan, los personajes imitan el registro, pues los diálogos son coloquiales, y, aunque éstos hayan sido elaborados, dan un toque de espontaneidad: “el tratamiento lingüístico del diálogo literario plantea inevitablemente la relación entre escritura de ficción y oralidad”.⁴⁰ Viendo el mismo cuento, en los diálogos se muestra el lenguaje coloquial de los personajes:

—Dios guarde la hora, jefito. que la boca se le haga chicharrón, pero sí, la Santita nos va a llevar a todos. Oiga, hablando de la calaca, ha de ser bien riesgosa su chamba ¿verdá? Se ha de encontrar con mucho maleante—, te avienta una mirada mustia
—Sí, pero gracias al Santo Niño de Atocha, sólo me han asaltado feo, lo que se dice feo, una vez. Las otras nomás me han taloneado que pa’ la cerveza o la lata de activo.

Por esas razones, surgió la idea de utilizar esa herramienta discursiva, pues deseaba transmitir la sensación de que los personajes existían por sí mismos. Esto,

³⁹Silvia Adela Kohan. *Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento*. Barcelona, Alba Editorial, 2003, p. 14.

⁴⁰Rolf Eberenz. *Diálogo y oralidad en la narrativa hispánica moderna*. España, Editorial Verbum, 2001, p. 122.

junto con los narradores en primera y en segunda personas, que menciono en el siguiente capítulo, me lo permitieron.

CAPÍTULO 4

La mirada íntima en las historias

Para contar una historia se necesita de un narrador que sea la voz que nos transmita la historia y que nos adentre en ese mundo ficticio. El autor del cuento no es la misma persona que lo va a relatar; el narrador es otro ser, “es una entidad que se desprende del lector para estar en el texto”.⁴¹ El narrador es quien nos lleva de la mano para ver la acción por medio de algún personaje, por él mismo o mediante descripciones.

Existen distintos puntos de vista para contar la historia. No todos los narradores tienen la misma perspectiva. Hay narradores en primera, en segunda y en tercera persona. Cada uno tiene una voz diferente, algunos se encuentran más cerca y otros más lejos de lo narrado. Según el efecto que se quiere dar en la historia, se escoge al narrador. Por ejemplo, “un texto en primera persona a partir del protagonista origina diferencias (en la formación de la historia, trama, personajes, etc.) respecto a lo que sería el mismo texto contado por una tercera persona”.⁴²

En el caso de las historias que presento, elegí los narradores en primera y segunda personas. En el primer tipo de narrador, se habla desde el yo; es una voz que profundiza en lo que cuenta. Dado que platica a partir de alguno de los personajes, su visión es muy limitada. Es tanto un narrador interior, o sea, que se encuentra dentro de la historia, como un personaje que pertenece a ésta, pero también puede ser un narrador exterior que mencione lo que mira, pero que no participe en la historia, a él no le pasan los acontecimientos. La primera persona relata de manera subjetiva, según su visión de lo que siente y observa. No puede saber más allá de lo que mira. Con este narrador, no se puede saber qué es lo que piensan los demás personajes: “[...] así se tiene un ser doble:

⁴¹Alberto Paredes. *Las voces del relato*. México, Universidad Veracruzana, 1987, p. 9.

⁴²Ídem. p. 32.

por un lado, en la trama, desempeña el papel de narrador; por el otro, es un individuo de la historia. El sujeto de la enunciación y lo enunciado se condensan en una sola unidad: narrador personaje”.⁴³ Cuentos como “El lugar sagrado”, “No es mi tiempo”, “Ya no fían”, por nombrar algunos de este libro, están en primera persona.

Existe una voz narrativa en primera persona que es muy necia, no acepta que lo contradigan. Alberto Paredes le llama narrador estático. Aunque avance la historia, esta voz no cambia de parecer, “si el narrador tiene ya un juicio, un prejuicio, sobre su realidad y los acontecimientos sucesivos no sirven más que para robustecer su pensamiento inicial”.⁴⁴ Así, el personaje del cuento es una persona rígida que se aferra a sus ideas y, así le sucedan cosas, no cambia, comienza pensando que no hizo nada malo. Tal es la voz narrativa del personaje del cuento “El naranjo”: “Si hubiera hecho algo malo, ya estaría estirando la pata, con lo viejo que estoy. Además el bebé era prematuro, no se iba a lograr”. El pensamiento estático del personaje termina de la misma forma: “¿Que si tengo remordimiento? No. ¿Por qué habría de tenerlo? A esa edad no tienen alma”. Los acontecimientos que pasaron durante la historia reforzaron más la opinión con la que inició.

También existe el narrador que cambia o, como le dice Teresa Dey, narrador dinámico. Esta voz narrativa no es la misma conforme cuenta y avanza el relato, debido a que le suceden cosas que hacen que evolucione y le dejen un aprendizaje. Por ejemplo, el del cuento “La Chula” es un narrador que cambia. Al principio, el personaje, Cirilo, está completamente seguro de la pureza de la Chula: “No es tan fácil encontrar a alguien tan pura como la Chula en estos días”. Conforme avanza la historia, Cirilo cambia de parecer, pues se da cuenta de que la Chula no es tan santa como creía. Entonces, el sentimiento que tiene por ella cambia porque durante la historia le

⁴³ Barrie Mc Mhon, Robyn Quin. *Historias y estereotipos*. España, Ediciones de la Torre, 1987, p. 79.

⁴⁴ Alberto Paredes. Op. Cit., p. 54.

sucedieron acontecimientos que le revelaron otra cara de la Chula: "... el Negro ya la cargó. Tiene veinte días, pero todavía no se le nota. Aún así, el Negro no deja de molestarla, fijese. Me la tiene toda babeada del pelo. Por eso le iba a decir que no la acariciara, está cochina". Con esto, la visión que tenía Cirilo acerca de la perra se transforma del amor al odio: "A partir de hoy, la Chula está muerta para mí".

En algunos de los cuentos que presento narrados en primera persona, los personajes cuentan su propia historia con un punto de vista subjetivo, que mira lo que le sucede. Ellos se narran a sí mismos. Alberto Paredes le llama a este tipo de voz narrador-protagonista; en él "se destaca especialmente la doble naturaleza del personaje-narrador: cronista y ente humano ficticio".⁴⁵ La voz en primera persona se encuentra dentro de la historia, por eso se le llama autodiegético.

El narrador en segunda persona cuenta desde la persona gramatical "tú". El tú representa a un personaje de la historia. Aquí, la voz narrativa es una primera persona que le habla a un "tú", que es el personaje del cuento. Paredes explica que, cuando se usa este narrador, hay un proceso de enseñanza, ya que esta voz le cuenta al personaje su propia historia, "porque él mismo no la conoce a fondo o completamente o porque se engaña o porque pretende engañar a los otros".⁴⁶

Existe además el narrador en segunda persona aparente, el cual es un "yo" que vivió los sucesos y que le cuenta la historia a un "tú", que puede ser el lector. Por ejemplo, en el cuento "Las patas de elefante", se encuentra un narrador de este tipo, pues el personaje, Aurelio, le cuenta a alguien cómo le cambió la vida cuando conoció al Chocorrol. En el primer párrafo se trasluce que Aurelio es el "yo" que le narra a un "tú": "Te cuento. Yo siempre fui bien machín y galán con las chavas. En algunas ocasiones hasta me llegué a coger de a dos al mismo tiempo, me decían el Palo tieso".

⁴⁵ Alberto Paredes. *Las voces del relato*. Op cit., p. 60.

⁴⁶ Ídem, p. 242.

También existe la segunda persona plena, donde el narrador cuenta desde el “tú”. Allí no se refleja el “yo”: “se hace más a fondo la inquisición de la vida del protagonista, quien es interpelado por una inteligencia narrativa sin realidad personal: un algo que lo observa, estudia e interroga”.⁴⁷ El personaje no conoce su historia, se encuentra en una especie de limbo de donde viene a sacarlo el narrador. En el cuento “Pulga de agua”, utilizo la segunda persona plena, es una voz externa la que se dirige específicamente al personaje para describir lo que hace: “El pasto ralo y la piel erizada de las flores al amanecer encuadran tu presencia. Estás en cuclillas. Sientes las gotas de lluvia sobre tu silueta gris. Te mojan el rostro. Se detienen en tus labios”.

El narrador en primera persona y el narrador en segunda persona proporcionan una mirada más íntima a las historias. La primera persona es una voz que individualiza al personaje, da la sensación de que es una persona de carne y hueso y no un ser hecho de palabras, que existe y que quiere dar su testimonio y contarle directamente al lector la historia: “palabras como yo, mi, me, mío sugieren inmediatamente una intimidad. El cuento escrito con el punto de vista de la primera persona es radicalmente subjetivo”.⁴⁸ Con esto, se crea un lazo entre el narrador y el lector. Enrique Anderson Imbert explica que narrar en primera persona convence al lector de la verosimilitud. Así, por ejemplo, en el cuento de “Treinta pesos”, la prostituta es la que dice cómo se siente y qué es lo que desea: “Me quito un zapato. Mis dedos están remojados y me arden los pies. Cómo me gustaría tomarme un agua bien muerta y darme una buena sobada con crema”. Ella necesita hablar porque es a quien le están sucediendo las cosas. De esta manera, el lector recibe la información de la boca del personaje, escucha su propia voz y se establece una complicidad entre ellos:

⁴⁷ Ídem, p. 78.

⁴⁸ Enrique Anderson Imbert. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona, Editorial Ariel, 2007, p.58.

La gran ventaja de la primera persona es la conexión inmediata del personaje con el lector. La seducción puede ser más fuerte. La primera persona se presta a un tono más desenfadado, un lenguaje menos correcto porque... el narrador-protagonista puede permitirse muchas más licencias que el narrador omnisciente.⁴⁹

La segunda persona es íntima porque este narrador se comporta como una conciencia que observa con profundidad el interior del personaje, le muestra su propia historia con todo y sus secretos, los que tal vez él mismo no conoce. Así se crea un vínculo personal entre el narrador y el personaje. Es, entonces, un proceso de enseñanza. Entre ellos hay una intimidad, pues no existen intermediarios que distorsionen las cosas: “se trata del artilugio de la intimidad que por interrogada y descrita fue vista descarnadamente por el lector. Una suerte de *strepapease* del alma”.⁵⁰

El narrador es una criatura inquieta. En sus aleteos infinitos que abanicen el cuento, abre distintas posibilidades, pues, aunque se acostumbre al calor y al ambiente que una voz le transmite, está en constante movimiento. Es un goloso que desea probar de otras personas gramaticales. Éstas entran a su juego y se vuelven las médiums para transmitir lo que el narrador desea. Los cuentos que presento no se salvan del narrador inquieto, ya que, aunque algunos estén en primera y otros en segunda persona, éstos en ocasiones se combinan. Uno de esos ejemplos es en el cuento “Todos son iguales”, en el que, en un principio, se comienza a narrar en primera persona: “Estoy que me lleva la chingada. Hace el resto de calor...”, pero después el narrador cambia a otra persona gramatical: “Rodríguez desabrocha su cinturón. La hebilla choca contra la puerta, hace un leve sonido, que me lastima mi oreja. Se recarga en el asiento bosteza y luego suspira. Siempre hace lo mismo cuando siente que tiene el control.” Con esto, se puede concluir que en el cuento pueden coexistir varios narradores, es decir que mediante

⁴⁹ Julian Moreiro. *Cómo leer textos literarios: el equipaje del lector*. Madrid, Editorial Edaf, 1996, p. 146.

⁵⁰ Alberto Paredes. *Abismos de papel: Los cuentos de Julio Cortázar*. Op. Cit., p. 243.

deslizamientos se accede a otras personas gramaticales, un narrador en determinada persona no es estático, sino que se mueve según lo que quiera contar.

Como se muestra, el narrador en primera y en segunda persona tienen una mirada íntima en las historias que no poseen otros narradores. El narrador en tercera persona es una voz objetiva que, a pesar de saber todo lo relacionado con la historia y los personajes como en el caso del omnisciente, no se involucra, se encuentra fuera de la historia. Incluso si aunque estuviera dentro de la historia, como en el narrador *con* (*avec*), que narra a partir de un personaje y puede mudarse a otro, pienso que con él no se logra el objetivo que me propuse de escuchar la propia voz del personaje y lograr una conexión con el lector. En el caso de la primera persona y en el narrador en segunda persona, se puede dar la sensación de que alguien, o la propia conciencia, le habla al personaje, además de que al hablar desde el tú, también el lector crea una conexión con este narrador porque tiene la sensación de que se cuenta directamente la historia sin intermediarios. La segunda persona hace que el lector entre a ese mundo contado. Por eso elegí estos narradores.

CONCLUSIONES

Sin duda, contar historias es una necesidad primordial universal del ser humano, que comenzó con él y terminará hasta que él ya no exista. La muestra está en que las historias surgieron mucho antes que la escritura; gracias a ese gusano que, en todos los tiempos, ha cosquilleado en las emociones del que crea. Desde siempre, ha existido esa gente privilegiada a quienes se les ha dado la tarea de crear con exquisitez mundos alternos que sacuden las emociones del lector y, si el cuento es efectivo, éste será como una trampa donde ellos estarán encerrados; al final del cuento, se les otorgará la pócima que los sacará del letargo, pero ya no serán los mismos porque habrán conocido una pequeña parte de la condición humana o, simplemente, habrán visto con diferentes ojos algún suceso que ya conocían.

Por siglos, el cuento ha sobrevivido y ha estado presente en guerras, revoluciones, pestes, diluvios. Desde que nació, ya tenía la señal de inmortalidad y así seguirá por siempre, errante, haciendo suyo y echándose a la boca todo lo que encuentre a su paso para luego hacer una mezcla que escupe en palabras y en seres dotados de vida.

Se concluye que durante los siglos, el cuento ha evolucionado hasta llegar a nuestros días de diferentes formas. Si en un inicio fue de tradición oral, ahora se dice que puede ser una mezcla de varios géneros. Por esta razón, algunos prefieren llamarle relato. Quién sabe cómo será en los siglos venideros. Todavía le queda mucha vida y, durante ésta, probablemente se siga transformando. Los que sí seguirán vigentes, y, no perderán su esencia, son algunos aspectos del cuento, ciertas constantes, en palabras de Cortázar. Estas constantes son las que aderezan al cuento y le dan un sabor extravagante, como la unidad de efecto, el conflicto y la profundidad. Con esto, hasta el paladar más exigente quedará satisfecho, sin importar que el cuento no cumpla con el modelo clásico. Por eso, tiene caso seguir escribiendo cuentos, porque lo narrable adereza la vida, para que,

por un instante esas historias nos impregnen con el aroma de las emociones que vuelan en esa jaula donde se encierra un universo.

La figura del narrador es de suma importancia puesto que es la voz que cabalga en el relato y que nos muestra los sucesos que ocurren en ese mundo mágico. Los narradores son las diferentes posibilidades para lograr lo que desea el autor. Los hay subjetivos, intimistas, profundos, como los de primera persona, que dan la posibilidad de contar directamente las cosas al personaje. Estos narradores son los que hacen ver al ser hecho de palabras que no es una invención, que en verdad existe. El narrador le palmea el hombro al personaje en señal de apoyo para que manifieste su sentir frente a ese mundo en el que habita.

También existen los narradores fuertes y feroces, como los de segunda persona, a quienes se les ha encomendado desnudar al personaje y deshebrarlo lentamente para llegar hasta lo más profundo de sus emociones. Pero, sea cual sea el tipo de narrador, se debe de escoger con cautela, pues éste es una parte importante de la verosimilitud en el cuento. En suma, el secreto está en tener el control sobre el narrador. Así, cualquiera de las posibilidades es acertada.

Por el momento, soy una autora que tiene claro en qué tradición desea insertarse y ésta es la narrativa urbana. En esa mezcla de costumbrismo, realismo y naturalismo que florece en mis cuentos, que muestra la vida común de los personajes que habitan en los barrios recónditos de la periferia. Aquellos individuos que respiran la pobreza, la falta de oportunidades, la violencia de esta sociedad enferma que ha vomitado a esos hombres y mujeres como el Simio, que arropa un perfecto camuflaje para esa zona donde convive la naturaleza muerta; la puta que trae atorados sus pesares entre las medias rotas; el vagabundo que, asqueado de la vida, optó por fugarse y perderse entre las calles, llevándose con él una coraza de mugre que le barniza el cuerpo y que lo cubre

con el desprecio de los otros; a Rodolfo de “No es mi tiempo” o don Cirilo, de “La Chula”, que, a su manera, traen atorado el desamor en sus entrañas; al taxista que no deja de hablar con los pasajeros, por temor a que sus pensamientos lo devoren; al machín de Aurelio, uno de tantos personajes que no aceptan tan fácil su homosexualidad; a los ancianos de “El naranjo” y de “¿Loco yo?”, escondidos entre la calles; al Bebé, testigo de las ejecuciones locales; a Juan de “Don Andrés” y a Rodríguez de “Todos son iguales”, que al sentir el poder estallan en locura. Todos ellos allí están, sólo es cosa de buscarlos.

En suma, siempre tengo presente el consejo de Hemingway de eliminar lo que no sirve. Por lo regular me gusta pulir los cuentos y quitar las cosas que lo afean, que los llenan de fango y que opacan las historias que escribo. También me gusta oír a los demás y hacer que el lector se sumerja, por medio de los personajes, en esos mundos hostiles, violentos y desencantados donde vive la gente de mis historias. Si lo logré o no en este libro de “El naranjo y otros cuentos”, sólo los lectores lo dirán.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- 1.- Anderson Imbert, Enrique. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona, Ariel, 2007.
- 2.- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 2004.
- 3.- Chéjov, Anton Parlovich. *Narraciones*. Edic. Vladimiro Rivas Hurralde, Libresa, Colección Antares, sin lugar de edición, 1995.
- 4.- Clark de Lara, Belem y Elisa Speckman Guerra. *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. I, Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005.
- 5.- Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Trad. Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- 6.- Dey, Teresa. “Las estrategias de Caperucita, Tractatus ludicorum para cuentistas”, Tesis, UACM, 2011.
- 7.- Eberenz, Rolf. (Edit). *Diálogo y oralidad en la narrativa hispánica moderna*. Madrid, Editorial Verbum, 2001.
- 8.- Fernández, Pura. *Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam – Atlanta, Editions Rodopi B. V, 1995.
- 9.- G. Andreu, Alicia. *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1988.
- 10.- Imízcoz Beunza, Teresa. *El arte y el oficio de contar historias*. Barcelona, Ediciones Península, 1999.
- 11.- Kohan, Silvia Adela. *Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento*. Barcelona, Alba Editorial, 2003.
- 12.- Maqueo Coronado, Ana María. *Lengua y literatura. Literaturas hispánicas*. México, Limusa, 2005.

- 13.- Mc Mhon, Barrie y Robyn Quin. *Historias y estereotipos*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1987.
- 14.- Moreiro, Julian. *Cómo leer textos literarios: el equipaje del lector*. Madrid, Editorial Edaf, 1996.
- 15.-Núñez, Estuardo. *Tradiciones hispanoamericanas*. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- 16.- Paredes, Alberto. *Abismos de papel: Los cuentos de Julio Cortázar*. México, UNAM, 2005.
- 17.- —. *Las voces del relato*. México, Universidad Veracruzana, 1987
- 18.- Pereira, Armando, Rosado, Juan Antonio y Angélica Tornero. *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*. México, UNAM, 2004.
- 19.- Tatarkiewicz, Wladislaw. *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia, estética*. Madrid, Tecnos, 2001.
- 20.- Samperio, Guillermo. *Después apareció una nave. Recetas para nuevos cuentistas*. México, Alfaguara, 2006.
- 21.- Valdez, Diógenes. *El arte de escribir cuentos: apuntes para una didáctica de la narrativa breve*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2003.
- 22.- Zavala, Lauro. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. México, UAEM, 2006.
- 23.- —. (comp.). *Teorías del cuento I. teorías de los cuentista*. México, UNAM, 2008.
- 24.- —. (comp.). *Teorías del cuento III. Poéticas de la brevedad*. México, UNAM, 2008.
- 25.- Zola, Émile. *El naturalismo*. Barcelona, Ediciones Península, 1972.

Páginas electrónicas

- 1.- Monterroso, Augusto. "A propósito del cuento". Disponible 23 de octubre de 2011; http://www.cervantesvirtual.com/servlet/sirveobras/013383208575733387200680/207386_0021.pdf
- 2.- Zavala, Lauro. "Un modelo para el estudio del cuento". Disponible: 11 de diciembre de 2010; www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/90_jul_ago2006/casa_del_tiempo_num9091_26_31.pdf
- 3.- Zavala, Lauro. "El cuento ultracorto bajo el microscopio". Disponible: 11 de diciembre de 2010; www.ciudadseva.com/textos/teoría/hist/Zavala/1.m

El naranjo

Ya no chillas, mujer. Si yo lo hice por el bien de nuestra muchacha. El Sagrado Corazón de Jesús estaba de mi parte. Esto no fue un castigo, fue una señal, pa' ver qué tanta fe le tenemos. Si hubiera hecho algo malo, ya estaría estirando la pata, con lo viejo que estoy. Además el bebé era prematuro, no se iba a lograr, pero deja de estar moliendo y mejor enciende el fogón para que calientes los frijoles y hazte una salsa de chile guajillo, que ya me dio harta hambre.

¡Mira nomás, mujer!, todo el chile se sale del molcajete. Así qué va a quedar, ni pa'l comienzo. Trae acá la tortilla. Ya no te sale igual la salsa. Se te acabaron las fuerzas. Cuando estabas fresca, te salía bien martajadita, ora los chiles se quedan casi enteros. Ya te he dicho que los hiervas más. ¡Ay, mujer!, ya me quemé el hocico con los frijoles. ¿Por qué no me dijiste que estaban calientes? ¡Me eché el caldo encima! Tráeme el frejón pa' que me limpies. ¡Hazte para allá, vieja! ¡Déjame pasar!

Deja de chillar, vieja, llevas así una semana y no te estás en paz. Ya te dije que no pasa nada. Además ni ha de haber sentido. Mejor échales el maíz a los pollos y por ahí traes los huevos de las gallinas. Me haces uno con cebolla, pero me lo das en mi plato de peltre. No me salgas con tus modernidades de platos de vidrio. Que tal si se rompe. Es de mala suerte.

Mañana que vayas al mercado, le dices a doña Petra que te fíe un ramo de claveles y otro de rosas. Para que estés contenta, hasta le voy a hacer un nicho. Que pregunten, tú les dices: es para Sagrado Corazón de Jesús. O qué les importa. Viejas metiches.

No me digas que otra vez no vas a llenarte el buche, mujer. Eso no es bueno. Tienes que comer. No debes de dejar que la tristeza te coma a ti, porque luego no hay vuelta de hoja. Acuérdate del viejo Rosendo, que cuando murió su cría, se lo chupó la tristeza, como una bruja. No quieres que eso te pase, ¿verdad? Entonces ya come. Hazte un taco

de salsa. Ahorita que las tortillas están calientes, porque las cosas se me atoran si como solo, pero antes échale un ojo. A ver qué está haciendo esa chamaca.

¿Qué pasó? ¿Está bien? Llévale un plato de frijoles, qué ¿a poco ella no come? Pues ándale, mujer, llévaselo. Espérate, por ai le llevas este huevo crudo. Acuérdate que sea como sea, tiene que recuperar fuerzas. Ya en la noche, le haces un atole de masa. Enciérramela bien. Fíjate que esté bien amarrada. No se vaya a ir, la muy puerca. Así va a estar hasta que entienda. Y límpiote la cara que está bien mugrosa. Desde ese día, no te bañas. Y con tanta calor, ya hueles a plumas de pollo.

¿Sí se lo comió? Ta' bueno. Ora sí, ya vente. Como te decía, todo es para bien. Como cuando nos salimos del pueblo y nos venimos aquí a Chimalhuacán. Nos hicimos de nuestra casita, ¿no? No te agaches, ni te tapes con el babero que te estoy hablando. Nosotros ya estamos viejos, al rato nos morimos y luego qué, mujer.

¿Que todo hubiera sido diferente en el pueblo? Ella es una mala mujer, que tarde o temprano, aquí o allá nos iba a pagar así. No hay diferencia. Yo creo que le afectó que tú ya estuvieras vieja cuando la pariste. ¿Qué dices? ¡Si mis hermanas eran unas santas!

Lo bueno que corrí a ese mal nacido. Eso no está bien. La iglesia no lo permite. Primero las bodas de los amanerados y luego esto. Después ¿qué sigue, mujer? A él nomás le di sus patadas y le dije que no volviera. El muy cínico me pedía sus ahorros. Ya parece que se los iba a dar. Con eso le vamos a echar loza a la cocina. Y mejor que no vuelva o lo mato. ¿Enamorada? Mira nomás con qué sandeces me sales. Hora se le dice así a la locura. ¿Qué? ¡Cómo crees que iba a pasar como tu hijo el bebé! Si a leguas se te ve que ya estás seca. Mírate, estás bien amolada. Tan siquiera yo todavía tengo mi pelo. Mejor haz a un lado tu ternura. Además la gente nos iba a señalar. No, yo quiero seguir yendo a la iglesia sin que nos vean mal.

Cambia esa cara escurrida. Si quieres el domingo te compro tela para un vestido de los que te gustan. Para que te alce el ánimo. ¿Cómo? ¿Que tú querías ser abuela? ¿Que te dé detalles? ¿Pues qué también estás loca?

Cuando le sacaste el hijo, me lo llevé pronto allá atrás. Parecía un gato. A mí nunca me han gustado los gatos, ¿sabes? Mucho menos los niños y más si son mal nacidos. ¿Qué? No vi a quien se parecía, ya estaba muy oscura la noche. Esas cosas son rápidas. Hacía harto frío. Yo nomás lo dejé allí sin tapanlo y a la decisión de Dios. De rato ya estaba tieso. Ya luego lo enterré en donde está el bordo ése del árbol. ¿Cuál más va a ser, mujer? En donde planté el naranjo para que recordara el pueblo. El que tanto riegas con esa agua sucia y apestosa que sale de la cisterna. Le eché harta cal al bultito para eso de los malos olores.

¿Que si tengo remordimiento? No. ¿Por qué habría de tenerlo? A esa edad no tienen alma. Ni se iba a lograr. Estaba muy chiquillo. Y dile a tu hija que no siga con la idea de denunciarme. Mi deber es velar por el bien de los míos. Vergüenza debería tener por haberse dejado deshorrar por su propio hermano.

Pulga de agua

El pasto ralo y la piel erizada de las flores al amanecer encuadran tu presencia. Estás en cuclillas. Sientes las gotas de lluvia sobre tu silueta. Te mojan el rostro. Se detienen en tus labios. Los humedecen. Luego caen al suelo, se quedan abombadas, parecidas a las cochinillas que están en tu colchón. Después la tierra las bebe con su lengua rasposa. El perfume de la arena húmeda se enraiza en tu olfato. Pronto hace que se te haga agua a la boca y piensas probar un poco. No te quedas con las ganas. Tus dedos temblorosos toman un puño de lodo y te lo llevas a los labios. Mala idea, pues no fue agradable a tu paladar. Escupes. Tu saliva espumosa sale disparada rumbo al suelo. Tu piel se escarcha, pero no importa. Es buen momento para atrapar la pulga de agua que brota de los charcos hondos, estancados en aquel llano, junto al canal de aguas negras. Abrazo, como le llamas a tu perro, es el único que puede ordeñar esa felicidad rejega. Se acurruca a tu lado izquierdo, en donde está más roto tu pantalón y asoma tu pierna con un tatuaje del rostro que intenta ser la cara de tu mascota, mismo que hiciste con una aguja y tinta china. Él te lame el brazo y juguetea con tu chamarra. Le dices que espere, que te deje trabajar, porque eso haces: trabajar, para ti y para él. Sus orejas carcomidas, resultado de batallas antiguas, se agachan. Luego se rasca la piel gruesa de costras y sarna. Te ve con una mirada extraña y profunda, como tu existencia.

—Esto bien nos va a alcanzar pa' tortillas y recorte de jamón, Abrazo.

Pones a un lado el bote de plástico. Preparas la pequeña red que hiciste artesanalmente: una media amarrada de un alambre. La sumerges en el agua turbia, donde flota con lentitud como una medusa. Atrapas las pulgas. Alzas la red. Miras el manojo de puntos rojos que parpadean. Los vacías en el bote. Allí se abren, como si fuera una explosión. Otras se hunden y se quedan inertes, como cuando miras al cielo.

—Ya está listo, Abrazo.

Te levantas con las piernas dormidas. Alzas los hombros para tronarte la espalda erguida, que al pasar del tiempo, ha dejado de funcionar. Abrazo también se levanta. Te chilla, ya tiene hambre. Le dices que espere. Caminas con lentitud. En pocos minutos llegarás al acuario. Seguro el dueño te dará unas monedas. Los intestinos gruñen en protesta, se convulsionan dentro de tu estómago. Aceleras el paso. La cobija que llevas al hombro se arrastra con pesadez, llevándose consigo restos de la tierra que presencié tu pesca.

Tu costal de red lleva unas cuantas botellas de PET que has encontrado por las calles. Una cabeza de muñeca que llegó de contrabando, se asoma por las rendijas, admirando el paisaje. Abrazo se detiene para orinar sobre la guarnición de la banqueta. Tus pupilas se agrandan. Al verlo, el orgullo te despierta y hace que aceleres el paso, que te sientas enorme, con fuerzas suficientes para sacarlo adelante, junto contigo. Es tu muchacho. Hace tres años que está junto a ti. Desde aquel día en que él te encontró en aquella esquina del mercado donde tenías tu pequeño dormitorio, entre cartones y periódico mojado. Se hizo tu cómplice, te acompaña en tu peregrinar por las distintas colonias.

Le dices que falta poco, que nada más cruzan la avenida y ya está. Él comprende tus palabras adornadas de ternura. Es un animal inteligente, que hasta sabe darte la pata cuando se la pides. Te ladra, abre el hocico, dejando a la luz sus colmillos cariados y su lengua llena de baba. Te encorvas para acariciarlo y darle besos en la nariz pinta. Él te chupa la boca, hipnotizado por tus labios que bailan al compás de tus palabras. Abrazo mira tu cara, que tiene destellos de mugre, como un maquillaje a medio quitar.

Es un día extraño. Los dedos de las nubes ya no tapan el sol. Hasta un arcoíris te bendice. La belleza de sus colores enmarcan el horizonte. Observas el vapor que sale del pavimento mojado. Sientes una humedad caliente. Tu chamarra te estorba. Te la quitas y

te la echas al hombro encima de tu cobija. Atraviesan la calle. Le dices que se apresure. Él se queda debajo de la banqueta. Un hilo de baba le cuelga en el hocico. Mueve la cola, mientras observa al señor del acuario. Sabe que después de que intercambias palabras con el comerciante, hay comida. No deja de brincar y de emitir esos ladridos fuertes, iguales a los que te despiertan en las mañanas. Lo miras. El orgullo aluza tu mirada.

El señor te da algunas monedas. Le haces una reverencia para agradecerle. Ya pensaste en el menú del día. Decides por la primer comida que pensaste porque si compras pescuezos de pollo, le hacen daño a Abrazo y luego anda vomitando espuma blanca. Le acaricias la cabeza.

Una camioneta enrejada aparece. Adentro ya hay algunos perros que aúllan, anunciando su final. Uno de los hombres, sin siquiera mirarte, baja con un lazo grueso que gira por los aires. Quieres decirle algo, pero las palabras se te entiesan. Abrazo se revuelca tratando de defenderse, pero su contrario es superior a él. Luego cae sobre el asfalto. Un hilo de sangre en el hocico te avisa que algo malo le ha pasado. Su chillido te impulsa a defenderlo. Avientas el costal y la cobija que te entorpecen. Como puedes, lo jalas hacia la banqueta. Él te mira sin comprender lo que pasa. Tus ojos se descomponen. Tratas de luchar contra aquel hombre de barba, pero te recibe con una patada en la rodilla. Caes al suelo. Observas tus manos incrustadas de piedritas del asfalto. Miras hacia los lados en busca de ayuda, pero nadie te dice nada. Sólo miran cómo suben a Abrazo donde están los otros perros. Luego se marchan escoltados por el coro melancólico de los animales.

Aprietas los puños. La lluvia arreció. La gente se dispersa. Estrujas tu costal sobre el pecho. Un gemido florece dentro de ti. Te sientas en la banqueta, mientras la melancolía

se desgrana lentamente sobre tu cuerpo. Ya no tienes hambre, pero aún sientes el hueco en el estómago.

Treinta pesos

Me quito un zapato. Mis dedos están remojados y me arden las patas. Cómo me gustaría tomarme un agua bien muerta y darme una buena sobada con crema, pero mejor me pongo la chancla, no vaya a ser que espante a los clientes, que de por sí son escasos y luego más con la podrida de la Jarocha que nomás me los perrea.

Estamos recargadas afuera del cervicentro, aquí en Neza, en la avenida ancha donde está la escultura roja y monstruosa del Coyote. La luz del sol atormenta mis ojos. Ya se me llenaron de lágrimas y los siento terrosos. Veo a la Jarocha con esa capa grotesca de sombra azul marino en los párpados que combina con sus aretes de plástico. El olor a aceite de almendras que sale de su cabello ralo y lleno de orzuela comienza a soltar el aroma asqueroso que me causa náuseas. Sus zapatillas de charol maltratado y las tapas gastadas de sus tacones son testigos mudos de nuestras jornadas de trabajo. Trae las medias rotas. Saca el barniz y le pone un poco para que ya no se jalen más.

— ¿Cuánto? — Me dice un hombre con voz gangosa. Trae un bulto de franelas sobre su cuerpo desproporcionado. Alza la mirada hacia mí, con sus ojos grandes y redondos, como de botón. Me mira con una mezcla de asombro y lujuria. Luego ve mis piernas. Intenta tocarlas, con la expresión de un niño. Tomo mi bolsa y le golpeo los dedos torpes y chatos. Él ríe. Deja asomar las encías hinchadas.

— Te cobro cien varos. Te regalo una pose, papi.

— No he vendido mucho. Al ratito regreso.

— ¿Cuánto traes?

— Treinta pesos.

— ¡Uy! ¿Piensas que por esa mierda me voy a revolver contigo? Regresa luego, pero a ver si me encuentras. Pinche enano lujurioso. Todavía de que le voy a hacer el favor, no completa. Va sacando sus pinches moneditas de a cincuenta centavos, tú. Lo

que tengo qué aguantar en mi oficio. Y ya van a ser las doce del día y no ha caído ningún chile, pero no por eso voy a regalar mi trabajo. Y con este calor, se me seca la boca y para acabarla de fregar, don Tito ya no me fia chelas. Dice que mucho hace con dejarnos trabajar aquí. ¿Cuántos palos llevas?

— ¿Tres?

— ¡Méndiga! Móchate mínimo con un agua, ¿no? Tengo calor. Ya siento las nalgas bien pegajosas y mis labios me saben a sal. No hay pitos. Ha de ser por el inicio de ciclo escolar. Tienen que gastar en útiles. Y mientras, chínguese una por pendeja, ¿verdad? Hasta a nosotras nos ha pegado la crisis y eso que acepto vales de despensa.

La Jarocha me ve con la tranquilidad que siempre expresa su mirada. Como si no tuviera de qué preocuparse. No me explico la suerte que siempre ha tenido y eso que me dobla la edad. Su cuerpo obeso y sus ojos pequeños y saltones, me causan pena. Es una putita vieja.

Saca un pequeño espejo roto y trata de maquillarse los años que se anuncian con arrugas en los labios y frente. Después lo guarda. Estira los brazos. Destapa una alegría que muerde con voracidad. Las diminutas bolitas se quedan por un lado de sus labios, parecen cabezas de hormigas. A ella no le importa. Las deja allí, como si fueran un trofeo.

— Nel.

— ¿No? Siempre sales con lo mismo, Jarocha: “no, porque lo quiero pa’ la leche de mis niños”. Nunca tuviste hijos. Si ni siquiera tienes matriz por culpa del papiloma. Mira, ahí viene otro cliente. Este sí está sabroso. ¡Ay, hijo de puta! Viene hacia ti.

El mono ese trae un traje gris, de modelo antiguo y corbata color vino. Sus zapatos picudos están opacos, como si tuviera días sin bolearlos. Ojalá que no le alcance el dinero. Sí, a güevo, se busca entre las bolsas del pantalón bombacho. ¡Qué bien! Esta

risita maliciosa me cosquillea en los labios. La Jarocha se va a quedar vestida y alborotada. Ella suelta una risa. Se le asoma su diente roto. Acaricia la cara del cliente. Éste le dice que no le alcanza. Ella le difumina el sudor de la nariz que brota en pequeñas ámpulas.

—A güevo, pinche Jarocha, te vas a tener que quedar a hacerme compañía.

—¿Tú crees?

La cabrona mira al cliente y le dice que no importa, que le compre una torta de tamal, más lo que traiga y están a mano. El cliente, al instante acepta. La felicidad brota de su cara descompuesta. Luego me mira. Saca su lengua larga y espumosa. La mueve como una serpiente a punto de aventar el veneno.

—Jarocha cabrona, con tal de llevarme la delantera. Pinche muerta de hambre, por eso tienes más clientes, por puta barata.

—Dos tres, m' ija —, me grita antes de marcharse.

El sol se deja caer lentamente sobre la calle y sobre mi cabeza. Tengo comezón en el cuero cabelludo. Pasan unos mariachis, me miran con lujuria y ríen, pero no se me acercan. Se nota que tienen prisa. El grito de un vendedor me saca de la torpeza en que me tenía sol. Siento los labios escoriados. Intento mojarlos con mi saliva. El sabor a hierro que sale de mis dientes se alborota en la lengua.

Ya es tarde. La sed y el hambre se arremolinan en mí. Veo los tacos de canasta. Todavía hay, pero le debo mucho a doña Josefina y no tengo cara para volverle a pedir. La boca se me llena de saliva. Los bostezos me previenen del sueño que se quiere colar. De nuevo viene el enano. A lo mejor ya juntó el dinero. Trae una bolsa de agua, que al parecer es de jamaica.

—¿Ya tienes el dinero?

—No, nomás tengo cuarenta y dos pesos.

—Mira, vamos a hacer un trato. Me das tu agua y me compras una orden de tacos de canasta y ya está. ¿Sale? Y a ver a dónde nos vamos ahorita.

Él avienta las franelas al suelo sin importarle que se ensucien. Corre hacia el puesto, con pasos tontos. Viene de regreso con un plato que trae tres tacos y unas rajitas de chiles en vinagre. Le arrebato el agua. Siento cómo corre el líquido dentro de mi garganta. La frescura me hace ver mejor las cosas. Con eso, me doy por bien pagada. Tomo al enano del hombro y nos vamos caminando entre el ruido de los autos.

El lugar sagrado

El zumbido que se escucha dentro de mi cuerpo me despertó de nuevo a estas horas de la madrugada. Es un ruido extraño que anuncia la cruda. Los demás duermen tranquilos. Mientras miro cómo tiembla el rompecabezas de la luna reflejado en las aguas negras del canal, el olor se arremolina en mi nariz.

Llevo diez años aquí con el escuadrón de la muerte. Es una zona casi difunta, cerca del Bordo de Xochiaca. Es nuestro lugar sagrado, al final de la última calle de la colonia. Aquí nos pega más duro el aire. A lo mejor porque no hay árboles, sólo una que otra planta con espinas y pedazos esparcidos de un pasto amarillento y roñoso. Lo demás es polvo y las vías del tren.

Me muevo de un lado a otro, como si las lombrices me mordieran la panza. La cruda ya no me deja ver en paz la imagen de la luna. No dejo de temblar. Es muy temprano para ir al puesto de Mamá, como le decimos a la que nos fía. Ella nos cura con el arrancador. Así le llamamos al jerez. Faltan dos horas para que ella ponga el puesto.

El despertador de la cruda siempre me levanta a la misma hora, pero hoy sí me pegó más duro. Me mueve como títere, y la ansiedad, que viene en el paquete, me cambia el tiempo. Éste se zangolotea más rápido. Mamá lo sabe. Por eso, desde antes de que amanezca, ya está bien puesta con el jugo de naranja y la garrafa de jerez sobre la mesita de madera de patas guangas que bailan al compás de nuestra temblorina.

Mi lema es chupar hasta cagar sangre. Y la calaca, que nomás anda viendo a quién se jode, comienza en chinga a despellejarles el cuerpo por dentro. Lo hace lentamente para tragarse todo lo que encuentre a su paso y no descansa hasta que se los lleva. Yo tengo cuerda pa' rato. Tengo la vitalidad de un quinceañero. Es porque me ejercito, como ahorita que me puse a hacer lagartijas pa' que se me marque el conejo. Por eso, los dedos huesudos de la muerte no tocarán su arpa en mí por mucho tiempo. Está

contenta porque la banda y yo, de vez en cuando le mandamos a hacer su misa a la flaquita y le pedimos que nos dé licencia muchos años.

Aquí he visto morir a varios de mis mejores camaradas. He visto sus bocas con las siniestras huellas que deja la canija espuma rosa que les queda después de expulsar el hígado podrido. Eso ya es un anuncio de muerte, pero de tanto mirar, mis ojos se volvieron duros. Cuando pasa eso, nomás les amacizamos el hombro para darles nuestras condolencias.

Destapo a mi cuate el Espanta Monstruos. Está dormido con la panza pa' arriba. Los ronquidos le mueven los labios negros y cocidos del chupe. Rodea amorosamente el panal de mezcal. Está acostado sobre un pedazo de cartón. Plastas de lodo le adornan los pies agrietados. Le levanto el brazo y le quito el envase. No tiene nada. Lo pongo boca abajo. Cae una lágrima oscura, que pronto se esfuma en la inmensidad de mi boca rasgada. Mis labios gruesos tiemblan. Mi bandita se levanta, pero aún está modorra. Se talla los ojos y se quita las lagañas.

— ¡Cabrones, hay que hacer una lumbrada! Tengo frío— les grito con mi voz ronca.

Me paro frente a ellos y orquesto a la banda. Los demás se levantan y juntan ramas y basura que el viento ha olvidado allí. Prendo un cerillo, pero se apaga. El Cagón, que lleva poco tiempo aquí, echa los residuos de los pescuezos que nos sirvieron pa' matar el hambre. Yo le doy un zape. Le digo que eso nomás va a apagarla.

— ¡No mames! Estás re malo, Simio. Ya estás veterano, por eso te hacen las crudas más criminales. Siéntate, yo la enciendo —me dice el Espanta Monstruos y me da palmaditas en el hombro. Rápido la enciende. Luego me jala a las llamas que cobran una vida espectral. Trato de calentarme. Escucho los tronidos del fuego. Por un momento me tranquilizo. Veo las pequeñas luciérnagas de lumbre que vuelan por el aire y desaparecen en la boca enorme del canal, custodiado por el resto de moscos.

Me quito el suéter deshilachado que huele a humo. Lo doblo. Me recuesto y lo pongo de almohada. Miro el cielo anaranjado. El sol lentamente sale de la agonía en el que lo tenía la noche. Los labios se me pegan. Me muerdo los pellejos de la boca. La sed hiere mi lengua rasposa. No aguanto más. Le digo al Espanta Monstruos que se fije si todavía hay caldo de tripas pa` que me aliviane. Niega con la cabeza.

Me mira con preocupación. Sale corriendo con la velocidad que lo caracteriza. Me dice que ahorita viene, fue a ver si está el puesto de Mamá. Es el más chavo de la banda. Desde que llegó, nunca me suelta. Me sigue a todos lados. Me acompaña hasta cuando voy al baño. Según él pa` cuidarme de que no me vaya a caer en las aguas negras.

Estoy a mitad de la calle. Él corre hacia mí con una bolsa de leche de la Conasupo, que acaba de talonear. Tiembla más que yo. Arranca un pedazo de bolsa con los dientes. Escupe. Le doy un sorbo. Se la doy al momento que algo se me tuerce en la panza. El Cagón me sirve de muleta. Entre lo dos me ayudan a llegar al puesto de Mamá que acaba de ponerse. Al verme en mi estado, llena rápido un vaso de arrancador. La mirada se me nubla. Me recargo en la mesa. Ella me lleva el vaso a la boca. Trato de tomarle, pero mi mano se entume. El líquido se riega. Me doblo por una sacudida. Vomito como pedacitos de carne. Me limpio con el brazo. El Espanta Monstruos me grita que tengo espuma rosa en el hocico. Me abraza con el susto derretido sobre la cara, porque se da cuenta de que me acaba de bautizar la calaca y comienzo a ser parte de sus tantos hijos. Mamá me bendice. Me siento en la banquetta y encajo mis uñas en la tierra. Le echo la última mirada a mi cuate, pero ya no tiene cara de susto. Ahora, en la boca le hierve una risa en la que puedo adivinar el gusto porque pronto me iré y él ocupará mi lugar.

La Chula

Toso para llamar la atención de la Chula y para que, de paso, Tomás deje de mirarla con esos ojos enchispados de lujuria, que nomás me incomodan. Quiero que la perrita sea mía. Esta pinche inseguridad se me recarga en el pellejo y me hace retroceder, pero luego se me quita al ver cómo me echa el ojo la inocente. Si nomás la ando tanteando. Hasta me dio escalofrío. Se nota que también siente lo mismo que yo: un amor sincero, loco, y un deseo que se nos columpia en las entrañas y hace que se disparen las emociones y se conviertan en una melodía histérica. Me conformaría con tenerla, aunque fuera un solo día. ¿Qué puedo perder? A mi edad ya nada se pierde.

Enloquezco por ella, por su carita peluda que guarda esos gestos torcidos de agradecimiento. Si no fuera así, no me aceptaría las caricias que le doy cuando paso junto ella. Le toco los cachetes y ella se retuerce, como una chamaca. No es tan fácil encontrar a alguien tan pura como la Chula en estos días. Las mujeres de hoy son muy pirujas. Andan con uno y con otro.

Me ladra y vuelve a mirarme, con esos ojos frescos, de niña traviesa que comienza a explorar el mundo y hasta el más mínimo movimiento de una hoja, le sorprende. Se exalta. Tiembla. Abre los labios de color oscuro y pela la mazorca. Le gusta llamar mi atención. Río como un loco. Chiflo para que ella note que soy alegre y se dé cuenta de que conmigo, es pura felicidad. Es fiesta.

El gusano de la duda me escarba las emociones. Los celos me avientan imágenes a la mente. Imagino al Tomás y a su mascota el Negro molestando a la Chula. Pues, siendo tan atractiva y con ese perfume natural que eriza los pelos, más de dos quieren estar con ella.

Sacudo la rabia para no zambullirme en su lodo. Si ya me la gané, no la quiero regar. No sé por qué dudo de ella. Es una perra de casa. No anda en el mercado a ver qué

chingados encuentra. Bueno, también porque Tomás nunca la deja salir. La tiene bien cuidadita. Es una virgencita que quiero para mí.

Bendita sea la hora en que la vi por primera vez: su pelo castaño, un poquito largo y lacio; sus ojos del color de la tierra mojada y su trompa coquetona, como si quisiera decirme algo que trae atorado y que no puede sacar, pero su lengua no se lo permite. Se le hace nudo. No se le parece a las otras: rejeegas, enojonas y desobedientes, no. Ella se ve leal. Ese porte elegante que tiene al pararse, la distingue. Me ve con esa mirada que parece que quisiera escarbar mis pensamientos.

Desearía que todo estallara de una vez. Decirle que es la musa que logra atarantar la tristeza habitada en mi silueta fantasmal y que oculto con una sonrisa. Conmigo nunca le faltaría comida, cariño, techo. Si se fuera pa' mí casa, la trataría como lo que es: una reina. No me hago tantas ilusiones, nunca aceptarían nuestra relación, pero qué quieren que haga, uno se enamora. Uno no manda en los sentimientos.

Ahí viene el Tomás. Con este frío se le entume más la pata y cojea. El pelo largo le acaricia la cara adornada por racimos de espinillas blancas.

— ¿Cómo va todo, don Cirilo?

— Ya está quedando, Tomás. Ya está quedando.

Le sonrío al muchachito flaco de cuerpo escurrido. Al que le quedan guangos los pantalones. Feo pa' pronto.

— Pos fijese que yo veo que usted anda muy lento, ¿no cree? Así me dijo desde hace tres días y no veo avance. Como que para un boiler, es mucho tiempo.

— Son detalles que van saliendo, pero ya pronto termino.

— Y otra cosa, don Cirilo, no consienta tanto a la Chula. Luego ya no me obedece. Se la está ganando.

— Pierda cuidado. Trataré de no consentirla tanto. Es que ¿no la ve? Es tan inocente y delicada. Y huele bien sabroso. ¿Qué champú le echa? Su pelo está bien suavecito y con los rayos del sol, parece un campo de trigo. Le hace honor a su nombre, Chula. ¡Préstemela unos días! Como está sola mi casa, me da miedo que se meta alguien. Estoy solo y no puedo defenderme. Soy muy viejo para los trompos.

Se me acerca la chaparrita. Se nota que quiere agradarme la canija. ¿Quién se puede resistir? Me anima para trabajar aprisa.

— ¿Ve cómo sí avanzo? Nada más que ya no lo hago como antes, pero sigo siendo igual de eficiente. Todavía tengo fuerzas.

— Así es, don Cirilo. Se ve bien curtido.

—Entonces, ¿qué? ¿No me la va a prestar? Yo se la cuido. Llegando a la casa le compro un kilo de cabezas y se las doy cocidas.

— No se va a poder, don Cirilo.

Tartamudeo. Me limpio el sudor de la frente. Oculto la rabia que hace que me maree. Aprieto el soplete, con ganas de reventarle la cara. Me detengo. Espero la explicación. Pregunto las razones, cegado por la ira.

— ¿Por qué, Tomás?

— Lo que pasa es que el Negro ya la cargó. Tiene veinte días, pero todavía no se le nota. Aún así, el Negro no deja de molestarla, fíjese. Me la tiene toda babeada del pelo. Por eso le iba a decir que no la acariciara, está cochina.

Las piernas me tiemblan. Mis sentimientos se rompen. Son como alacranes que me infectan con su veneno. Prendo el soplete. La lumbre sale disparada. Feroz como mis celos. Preparo la soldadura. Pongo un poco de pasta al tubo de cobre. Observo que falta que lo lije un poco más. Se me quema un dedo. Una ampolla se infla como una chinche llena de sangre.

— Ora, ¿qué tiene, don Cirilo? Como que lo veo raro.

— Es de nuevo la alergia al polvo, Tomás. Hace que me lloren estos ojos cenizos.

Tomás ríe. Recojo mis cosas, sin siquiera mirarla. Me mueve la cola. Le digo al muchacho que mañana vengo. A partir de hoy, la Chula está muerta para mí.

No es mi tiempo

Aquí estoy, sentado sobre el pasto, con la mirada gacha. Observo las flores de diente de león. Tu sonrisa quedó guardada en cada una y tus huellas tatuadas en espirales que guardan nuestro infinito cariño. Y esta noche que se me impone con su inmensidad, es un buitre que me arropa la mirada. Tal vez ya se dio cuenta de que no tengo nada que hacer aquí.

Una noche así moriste. Hace un mes, treinta días, un conjunto de horas, minutos y segundos de tortura. Sí, no es mi tiempo ya. Mi piel, saco oscuro y testigo de nuestro amor, me recuerda el tiempo que vivimos juntos.

La muerte me acaricia, me coquetea en cada movimiento torpe que hago. Desearía hacer un extracto con las flores y beberlo para que me dé fuerzas y así soportar tu partida. Éstas ya no son las mismas; su perfume huele a melancolía; se encorvan y no quieren levantar la mirada. Extrañan tu voz. Nadie les canta igual que tú. También yo la extraño. Por más que trato de animarlas, es inútil, siguen sintiendo la llaga de la ausencia.

Los párpados me pesan del llanto acumulado. Apenas hasta hoy me atrevo a hablar contigo. Las palabras se me entumían en la boca. Eran púas donde se atoraban los lamentos. Siento que me libero al decirte estas cosas. Ayer, como una sonámbula, apareciste en mis sueños. Fue tan vívido. Aproveché para preguntarte ¿cuándo se termina un duelo? ¿En qué momento la muerte de tu ser querido ya no te pudre el alma? Y tú me contestaste que tratara de escribir debajo del agua la pregunta ¿por qué? Y si ésta se diluía, en ese mismo instante el duelo había terminado. Entonces traté de escribir la pregunta, pero fue inútil.

Mis ochenta años me pesan. Los cargo como si fueran grandes leños de esa madera con la que hacíamos fogatas y quemábamos bombones y luego nos acostábamos sobre

la hierba, que parecía respirar con la ayuda del aire. Cierro los ojos y revivo aquellas veces en que llovía; desde la ventana escuchábamos su murmullo, y el olor de la tierra nos perfumaba el ambiente.

Recuerdo aquella noche como si hubiera sido ayer. El olor a naftalina flotaba en nuestro hogar. Te pusiste las pantuflas rosas. Caminaste con tus pasos entrecortados. Lentos como tu mirada.

— Rodolfo, voy a hacer la cena.

El eco de tus palabras se disolvió en mi interior, semejante a una melodía de nuestros tiempos; de cuando estábamos más jóvenes y mi artritis no impedía que diera los mejores pasos, sólo para ti.

Miré hacia el cielo. Era una noche azul brillante, parecida al color de la bata con la que moriste. No, no es mi tiempo ya. Veo alrededor para ver si existe algo que haga vibrar mis emociones, pero no lo consigo. Te extraño más que nunca.

Ni siquiera tuvimos hijos. Eso tal vez es lo que me hace falta en este instante para sentirme fuerte. ¡Ah, Julieta, cuánto deseabas concebir a alguien que fuera carne de nuestra carne! Pero ni una mascota podíamos tener por tu salud, que era lo más importante. ¿De qué sirvió, Julieta? Si ya no estás aquí para caminar a mi lado y ver al día morir para luego hacer una fogata y respirar el aire de la noche. Esa frescura especial con olor a hierba que se extendía en nuestros pulmones.

Mordiste una manzana roja. El jugo fresco recorrió tus labios mansamente. Luego la pusiste en la mesa. La miré. Las marcas de tus dientes hicieron curvas en la fruta, como las que dejabas en la cama. Eso me recuerda que ya ni siquiera puedo morder una fruta. Mis encías sólo las acarician con suavidad, como cuando yo deslizaba mis manos por tu cuerpo, deseoso de sentirte, de olerte.

— Amor, ¿cenamos ya? Es que ya quiero ir a ver mis leoncitos. Les quiero cantar una canción a mis florecitas para que sigan creciendo.

— ¡Ay!, mujer, hasta parecen tus hijos. Bueno, termino de limpiar la escopeta y en un momento estoy contigo, corazón.

Los recuerdos segregan un dolor inmenso. Sólo existe el vacío que me envuelve. No puedo dar pasos. Éstos se resbalan. La tristeza se espesa en mi boca. Por más que trato de ordeñar algo de felicidad, no puedo. No es mi tiempo ya.

— La cena está lista, amor. Siéntate.

Durante los últimos meses observé lentamente cómo te consumías. Sin poder hacer nada. Hasta que llegó el final. Esa maldita asma que no te dejó, ni en el último momento. Esa tos convulsa que te poseía y te meneaba como un títere.

— Viejito, ¿qué más puedo hacer? Son mi única distracción. Ven, vamos, que el conejo enchilado se enfría. Te molí un poco para que no te cueste trabajo morderlo. ¿Quieres café? Hay galletas de animalitos.

— Siéntate ya, mujer, yo me lo sirvo.

No dejo de recordar nuestra última noche. El último beso que te di cuando tu cuerpo estaba inerte y tus ojos cenizos, sin el brillo que los esmaltaba.

Me duele deshacerme de tu ropa, ¿qué puedo hacer? Cuando miro tus pertenencias la tortura es una bailarina que me taconeá encima.

— Gracias, amor. Prende el radio.

— Mujer, procura ya no hacer este tipo de cenas; cuánto se me antoja darle unas buenas mordidas a una pierna, pero no puedo, mis dientes ya no me ayudan.

Tomaste la pieza del conejo y la mordiste con el mismo antojo de la manzana. Abrías y cerrabas la boca al masticar. Tus dedos quedaron maquillados de chile anaranjado.

— Tienes razón, cariño. A veces se me olvida que ya no tienes dientes ¿Te acuerdas, viejo, cómo tenías tu dentadura blanca, blanca? Te fascinaba arrancar la carne. Por eso se te acabaron más rápido los dientes. Y sin embargo yo tengo todos; excepto por dos muelas. Míralas. Pero no me hacen tanta falta. Viejo, si pudiera te las daría. Me duele verte así.

— No digas tonterías, mujer, y comamos.

— Sí, cariño, pero ¿ahora sí vas a venir conmigo? Últimamente te has quedado encerrado y prefieres que yo pasee sola por el jardín.

— Es que mis huesos, mujer, que no se te olviden mis huesos.

— Viejito, ése no es pretexto. Si sólo vamos a ver mis dientes de león.

La agonía me pica con sus dedos rasposos. Sus huevecillos se alimentan de mis emociones. De nuevo el vacío me mordisquea. Si estuvieras, tan sólo un momento, para volverte a decir cuánto te amo; cuánto siento tu partida y que no puedo seguir mi camino solo. No es mi tiempo ya.

— Antes de comer quiero asomarme a la ventana para verlos tantito.

— Siéntate. Te va a hacer daño.

— No te enojés, viejito. Es un momento nada más.

— Parece que los quieres más que a mí. No me cuidas tanto como a ellos.

— No hagas bromas.

— Oye, amor, ahora que tocamos el tema, ¿los quieres más que a mí? Dime la verdad, no importa. Yo te seguiré queriendo.

Caminaste con dificultad. Te veías más hermosa que nunca: tu cabello color de luna tapó por un instante tu rostro con toques opacos de belleza esparcidos por todos los rincones. ¡Cuánta ternura encerrada en tus ojos de almendra!

—Te quiero, tal vez como me quieres tú a mí. Es lo que pienso, pero ellos, son mis dientitos, mis leoncitos. Compréndeme.

Tu rostro cambió. Me viste. Una capa de mentira oscureció tu cara. Me abrazaste con la fuerza de un niño. Un leve ataque de tos te sacudió. Bebiste un poco de agua.

—Mujer, ¿cuándo vas a ir al doctor? Esa medicina ya no te hace bien. Estoy seguro que tus flores son las que te tienen así. Justamente el comienzo de tu problema fue a partir de que las empezaste a cultivar.

—¡Ay, viejo, cómo crees!

—Perdón, mujer. No sé qué haría si me faltaras. Prefiero no pensarlo.

Aquella noche el cielo estaba a punto de explotar en llanto. Los relámpagos fotografiaban el jardín. A ti no te importó el clima. Lo único que deseabas era salir a verlos.

— Julieta, ya va a llover. Mira, el cielo se ve oscuro.

—Se te figura. Sólo son un poco de nubes, pero nada más. Hace un rato estaba despejado. No, no lo creo. Exageras.

Julieta, te trenzaste el cabello. Serviste el café. Llevaste a la sala la charola con galletas. Miraste hacia la ventana.

—No te impacientes. Ellos no se van a ir del jardín. Disfrutemos el café.

—¿Ya te decidiste a acompañarme al jardín?

—Mejor nos quedamos aquí en la casa, mujer. Ya los visitaste en la mañana. Hace frío. Por un día que no los veas, no te vas a morir.

—No me hagas esto, viejo.

—Bueno, ¿para qué quieres que te acompañe? Si cuando estamos allí, ya no me haces caso.

Te miraste en el espejo. Con manos temblorosas, volviste a cepillarte el pelo. Te pintaste los labios y te pusiste un poco de rubor para alegrarte el rostro. Enmudeciste con tu propio reflejo. El silencio agachó tu mirada.

—Julieta.

— Dime.

— ¿Para qué te pintas tanto?

— Aunque esté viejita me gusta arreglarme, amor, es para ti. Sí, eso es, me arreglo para ti.

Nunca imaginaste que ésa sería la última noche que el oxígeno anidaría en tus pulmones. La última noche que te reflejarías en el espejo. Si lo hubieras sabido, probablemente estarías aquí, en nuestra habitación. Y hubiéramos recordado nuestro pasado amoroso, atrapado en viejas fotografías y en recuerdos empañados por el tiempo que vivimos juntos. Al vernos en ellas, tal vez nos abrazaríamos y nos daríamos un beso. Un beso rancio, pero dulce al contacto con nuestros labios. A lo mejor me equivocó, tal vez, aunque supieras que sería tu última noche, no te importaría y correrías con ellos y los estrujarías e intentarías tragarlos para llevarlos contigo. A tu viaje de sueño eterno.

— ¿Cómo me veo? Haz de cuenta que no me conoces: si me vieras en la calle, ¿te gustaría? ¿Despertaría algo en ti?

— Por supuesto, mujer, pero ¿por qué lo preguntas?

— Tenía la duda.

— Julieta, ¿todavía te gusto así de chimuelo?

— Viejito tonto, ¿cómo se te ocurre decir que ya no me gustas? Claro que me gustas.

— Entonces, ¿por qué ya no me hablas con el mismo amor que antes?

— Creo que estás un poco cansado. Tienes razón, lo mejor sería que te quedaras, mientras yo salgo un rato para verlos y tomo un poco de aire.

Cerré la puerta. Te miré por la ventana. Respiraste hondo al llegar al jardín. Les dijiste palabras al oído, que no alcancé a escuchar. Los acariciaste con ternura. Llegó la lluvia. Comenzó a arañar el jardín. El granizo lo azotó todo. Te azotaba a ti. Tu cara, tus labios. Tratabas de tapar las flores con tu vestido, pero no las abarcabas. Reí. Tal vez de nervios. Aún no logro entenderlo. Me pedías ayuda. Salí. Observé las flores convertidas en arañas pisoteadas. Un ataque de tos te atrapó. Me miraste. Un suspiro entrecortado fue lo último que salió de ti. Después, tu cabello ya no tenía brillo, se había vuelto heno y tu cuerpo un escudo amoratado. Empapado. Me resbalé. Mis manos se llenaron de lodo. Todo era lodo. Te estreché contra mi pecho.

No, no es mi tiempo ya. No tiene caso torturarme con tu huida. Sólo me queda una opción. Mi aliada, la escopeta me servirá de transporte. Me llevará contigo. Espérame, para que volvamos a ser uno solo. En el camino arrancaré la punta de una estrella para que, cuando estemos juntos, haga estallar encima de nosotros la esfera que lleva encerrados nuestros sueños.

Las patas de elefante

Siempre he sido bien machín y galán con las viejas. En algunas ocasiones hasta me he cogido de a dos al mismo tiempo. Por algo en la banda me conocen como el Palo tieso. Mi única distracción es ir los domingos al tianguis. Me compro una que otra garra de paca y tan tan, me regreso a la casa. En una de tantas idas, mi vida cambió.

Te cuento, ese día fui al tianguis. Compré unas playeras y un pantalón en la ropa de paca. Después de un rato, me dio harta hambre y me compré una orden de huesitos y un curado de pulque. Ahí me ves, tú, parado, trague y trague. Por el cansancio, ya traía las patas de elefante.

No me quería ir a patín y que paro un bicitaxi. ¿Crees en el destino? Yo sí, porque si no hubiera salido ese día, no lo hubiera conocido. Para ya no hacértela tan larga, se detuvo un güey. ¡No sabes! Como de uno sesenta de estatura, parecía un chocorrol: la piel morena, brillante por el sudor, con unos brazotes hinchados y sus venas saltadas. ¡Hijo de mis pelotas! Al instante, como un imán, me jaló su presencia, pero no le di tanta importancia. Todavía me acuerdo del diálogo.

— ¿A dónde lo llevo, mi jefe? —me dijo con cierto coqueteo.

— Háblame de tú.

Ahorita que te lo cuento, me fijo que me vi muy putón. ¿No crees? Entonces le dije:

— Llévame a la calle Floripondio.

Durante el trayecto, observaba cómo movía las nalguitas de un lado a otro y cómo le escurría el sudor por el cuerpo. Me preguntaba si así tenía el culo de sudado. Es que siempre he sido bien curioso. Más o menos como diez minutos después, ya estábamos afuera de mi casa.

— ¿Cuánto te debo? —le dije.

— Nomás pa'l chesco, don.

— ¡Cómo crees, valedor, si es tu chamba!

¡Qué mamadas! Me acuerdo que sentí que los labios se me torcieron bien gacho, al ver que la sonrisa me ganaba. Que le doy cinco varos y me metí a mi cuarto. Ya me andaba por desafanarme. Sentía escalofrío por las emociones que me había despertado.

Esa noche estuve eufórico. No podía dormir. Empecé a fantasear con puro puto, eso no era de cabrones. Los ratos que dormía soñaba con él. ¡Qué sueños tan cábulas! Soñé que andábamos en el parque muy de la mano. Yo le compraba un algodón rosa y, de repente, ya estábamos en la playa, subidos en la banana. Él me apretaba la cintura porque tenía miedo, y yo lo protegía, como todo un machín.

Cuando desperté me dije: “¡no mames, pinche Aurelio!, ¿qué estás pensando? ¡Cómo es posible que te atraiga este güey! Todavía dijéramos, tiene algo de femenino, pero no, bueno, a excepción de sus nalguitas.” Y pues, bueno, también hay cábulas a los que les gusta empujarles las tripas a los jotos, pero no son putos. Nomás es para hacerles la grosería. Hoyo aunque sea de pollo, ¿no?

Al principio no podía entender por qué se me habían metido esas ideas locas en la cabeza. Hasta llegué a pensar que estaba enfermo o embrujado. Anduve buscando en el metro el libro ese que interpreta los sueños, para buscar una lógica, pero no lo vi. Pensé que nada más era un sacón de onda. Me acuerdo que me dije: “no chingues, a estas alturas, me sales con tus pendejadas. Porque, como pa’ la crisis de los cuarenta, ya estás pasadito de años”.

Sentía vergüenza conmigo. No me quería ver ni al espejo, pero la chamba esperaba. Llegué a la maderería y me puse a barnizar algunas molduras. Se me acercaron mis cuates y uno me dijo:

— ¿Ora qué traes, Aurelio? Te vemos medio apagadón.

— No pude dormir —contesté.

— Pues te hubieras hecho una chaqueta. Así le hago yo cuando me siento tenso. Me la jalo y jalo, hasta que chocan contra la pared. Y vieras: santo remedio.

Eran las siete de la noche cuando salí del trabajo. Pasé por los pollos rostizados y me detuve a comprar uno. Para mi suerte, allí estaba el canijo, comprándose un pescuezo con harta salsa. Me hice pendejo, pero al instante me reconoció. Se me quedó viendo y me habló con voz de niña:

— ¡Hola! ¿No te acuerdas de mí? ¿Quieres un pescuezo?

Lo sentí como una propuesta indecorosa y me hice el digno. Le dije: “ponle, gracias, provecho.” Y las imágenes del sueño se me vinieron.

— Órale, no seas así. ¿A poco ya cenaste? Es más, te llevo a tu casa, súbete.

Dejé que me llevara, por puro compromiso. Pa’ que no dijera que era racista. En todo el camino no hablé. Cuando llegamos, le di las gracias y me dijo que el sábado, o sea al otro día, era su cumpleaños y que iba a hacer un pozole, que irían varios amigos suyos, que estaba cordialmente invitado. Aunque estaba en desacuerdo, algo me empujó a decirle que sí.

Llegó el sábado. Salí de la chamba como a las cuatro de la tarde. Era buena hora para escoger el regalo. Llegué a tu pobre casa y puse el agua en el calentador pa’ bañarme. Luego me puse la ropa que había comprado, me eché brillantina en el pelo y me puse mi loción del Animal. Tomé mi chamarra de pellejo de vaca y me salí.

No se me ocurría qué regalarle, pero en ese momento, vi un chivito con un hilo para colgar. Se veía bien curioso con su uniforme de futbolista. Imaginé que le iba a gustar para ponerlo en el bicitaxi.

Al llegar a su casa, me entró la duda. No sabía si tocar o regresarme, pero antes de decidirme, se asomó un hombre o quimera, no supe qué chingados, pero me dijo con una voz disque de mujer:

— ¿Vienes al reven?

— Creo que sí —contesté nervioso.

— Pues pásale, papi. No te quedes afuera que te va a dar un aire en lo más profundo de tu corazón.

Al entrar, se escuchaba una canción de la Mónica Naranjo. ¡No chingues! La fiesta era como una película del Santo o como una pesadilla. No, no es cierto, pero se veían bien cábulas: estaba un cabrón vestido con una bata de maternidad con los brazos en la cintura y sacando la panza. Según estaba embarazado, porque luego dio las invitaciones para su baby shaver. Yo creo que traía como una almohada porque se le veía un bultote todo malhecho. También estaba una tal Darinka. ¡No mames! Se veía más bueno que una vieja: traía un pantalón de licra bien pegadito, se le transparentaba el calzón de hilo dental. Arriba traía una blusa azul, de esas escotadas de todos lados. Hasta me dio tortícolis, de tanto voltear a todos lados.

Luego vino el show. Se subió a la mesa una de ellas. Traía una peluca negra y bailaba al compás de una película donde sale la Salma Hajek con una víbora, pero en lugar de una víbora, traía como unos cinco kilos de chorizo alrededor del cuello. Terminando el show, se lo dio a una señora que luego luego lo puso a asar en un comal pa' que todos echaran taco en lo que estaba el pozole. Yo le entré duro. En ese momento se me acercó el del show. Que lo veo bien. No vas a creer, ¡era él!, ¡el bicitaxista! Detrás de esa salea que maneja el bicitaxi, se escondía toda una mamacita. Hasta chichis traía. Andaba todo transformado. Se veía bien la morenita.

—Pensé que no vendrías. ¿Qué traes en la mano? —dijo con respiración entrecortada, mientras se limpiaba la cara llena de sudor y de brillantitos.

—Este, como dijiste que era tu cumpleaños, te traje esto, —le dije medio avergonzado. Me tomó del hombro y me dijo:

— ¡Qué lindo!, no te hubieras molestado. Mira, te voy a presentar con mis amigas.

Que me presenta a su mejor amiga, la Brizni. Un monstruo como de 1:80 de alto. No sé que tanto se dijeron al oído y ella se quedó a platicar conmigo.

— ¿Tienes mucho tiempo de conocer a mi comadre?

— ¿Tu comadre? —pronto supe de quién hablaba.

—Es muy buena onda —dijo, acomodándose los tirantes del vestido de lentejuelas.

En ese momento, el bicitaxista nos interrumpió, se notó a leguas que se había puesto celosón. A cada momento yo me confundía más. No sabía qué estaba haciendo ahí, pero había algo que no me dejaba ir. Me invitó una espumosa y luego quién sabe cuántas más chelas, porque perdí la cuenta. Entre más tiempo pasaba, más me atraía el cabrón, y, con las gracielas encima, ya no me importaba estar entre puro puto. Bueno a excepción de mí: el Palo tieso.

—Oye, ni te he dicho mi nombre —dijo, acariciándose los tres pelos de mi cabeza—. Me llamo Cristian, pero de cariño me dicen Cri Cri.

—Yo me llamo Aurelio, bueno Yeyo, pa' los cuates —dije con espontaneidad. Ya me estaba poniendo caliente.

Después de un rato, nos reíamos de cualquier pendejada. Hasta nos burlábamos de la vestimenta de sus amigas. El chiste era que nos sentíamos felices. Pensé que no era tan malo que el Cri Cri me atrajera, pues nunca está de más probar de todo en este mundo. Bueno, digo, verija, aunque sea de lagartija.

De repente lo noté medio nervioso, como que quería decirme algo. Luego de unos cinco minutos, que se arma de huevos y que me dice así a calzón quitado:

— ¿Vamos al cuarto del amor? —me miró con esos ojos grandes, como de caricatura japonesa, arrugó la nariz y alzó el labio, era un gesto como de gato, que sólo se lo he visto a las putas y a los jotos.

— Ah, chingá, ¿y esa madre qué es? —contesté.

— Mira, no preguntes, te va a gustar.

Me dejé llevar. Tomados de la mano, entramos al mentado cuarto, que estaba bien oscuro. Nada más se escuchaban quejidos y gritos de animales o bestias salvajes, no, no es cierto, es puro coto. Soy un rucu bien cábula. Como te decía, se escuchaban quejidos de todos los que estaban apariándose en ese cuarto. Se oía que se daban todos contra todos y estaba oscuro para que nadie se pusiera al pedo y que no se echaran al más sabroso nomás, o sea, que había pa' todos.

Por un momento me volví a sacar de onda, qué pasó, qué pasó, pero me dije: “bueno, mientras yo sea el machín en la relación, pues no hay fijón, verdá y, si no queda de otra, a destrozar chaparros”. Entonces aí' me ves, que me pongo listo para atacar y hacerle la maldad al Cri cri o al que se me atravesara. A la mera hora esa madre no me respondió como acostumbraba hacerlo. Me dejó morir solo, hizo corto circuito. Que se me voltea la tortilla y ¡florencia! No sé ni con quién perdí la virginidá del culo, qué mamón me escuché. Nada más sentí unas manos rasposas que me empinaban y ¡zas!, que me la dejan ir así nomás, sin un salivazo. La neta ese día ni gocé aquel pito bendito, que me inaguró la puerta de atrás. Quedé todo batido y con el hoyo hinchado. Fue como una violación. Hasta me dije que cuando llegara a mi casa, me iba a bañar con agua bien caliente, pero entre el argüende se me olvidó. De rato me salí de la fiesta, ni siquiera me despedí.

Al otro día, como a las once de la mañana, tocaron la ventana, era él. Traía unos bolillos y queso de puerco:

—Mira, traje el almuerzo. Te vengo a pedir una disculpa por lo de anoche. Soy culpable y merezco cadena perpetua.

—No hay pedo, mi'jo. Nomás porque me caís a toda madre, pero te pido que esto quede entre nosotros, la neta no me quiero quemar. Capaz que al rato lo saben las ñosas de la colonia y para qué quieres, —le contesté como cualquier machín le hubiera contestado en mi lugar.

—No te preocupes, que de esta boca, que se han de comer los gusanos, no va a salir nada —dijo, mientras me veía en medio de las piernas.

Esa voz hizo que esta madre se quisiera levantar de entre los muertos, pero después cayó vencida. Ahí me di cuenta que ya era demasiado tarde. Ese canijo ya me había embrujado.

—Nomás, dime ¿quién fue el que me hizo la maldad en ese cuarto?

—Quién más, yo. ¿Qué no sentiste los callos de mis manos?

En pocas palabras, así entró el Chocorrol a mi vida, tú. A partir de entonces, la hago de mujercita con ese cabrón. Y pos bueno el chico es de quien lo trabaja. ¿Que no? Ya qué le queda a uno. Él sirvió para darme cuenta que me gustaba morder almohadas, sí, me gustaba que me sacaran los frijoles. Está cabrón, pero ahora comprendo a las viejas.

El taxi

Sientes los baches de la avenida Nezahualcóyotl y Chimalhuacán sobre tu cadera. Te duelen las piernas por andar en el taxi toda la mañana. De hecho, hoy te amanecieron amoratadas. Al instante la melancolía con la que te despiertas a diario al ver tu dedo pulgar y el índice de la mano derecha, que tienen una especie de gigantismo, calman tu dolor de pies. Siempre te preguntas cuál fue la razón de tenerlos, si no te sirven para nada. Están inertes.

Enciendes la radio. Los corridos lentamente te alegran el oído, hartos de escuchar los motores y los cláxones de los autos. Cantas a gritos para desaburrirte, pues como todo taxista, no puedes estar sin comunicarte con palabras. Esperas que se quite el alto, mientras sostienes el volante con los cinco dedos de la mano izquierda y con tres de la derecha. En ese momento pasa un niño con paletas de hielo. Le llamas con tu dedo índice y le pides una de tamarindo. Sacas unas monedas y se las das. Sin titubear, te llevas la paleta a la frente para refrescarla. Cierras los ojos mientras suspiras profundamente, como si quisieras que esa frescura te invadiera por dentro. Luego te la llevas a la boca. La chupas. Allí la sostienes unos segundos. Tu mano está perfumada con el olor del cobre de las monedas con las que has convivido.

Un joven de cabello largo te hace la parada. Te estacionas. Se nota que es comerciante, por la bolsa de canguro que tiene amarrada sobre la cintura y porque a su lado están dos cajas amarradas con un lazo.

—Buenas tardes. ¿A dónde lo llevo, joven?

Sientes la lengua mocha. Quedó atontada por culpa del hielo. Le miras el cabello pintado de rubio. Sus brazos están adornados por jíotes y un tatuaje tosco de San Judas Tadeo.

—Buen día, jefito. Al tianguis de Santa Marta. ¿Cuánto me cobra?

Infla los poros de la nariz aguileña mientras se jala una patilla. Se recarga sobre la ventana, con el tronco de su cuerpo casi adentro y observa los colgajos de tu taxi.

—Lo que marque el taxímetro.

—Órale pues. Ábrame la cajuela pa' que meta mis cajas, ¿no?

Se nota que trae algo pesado porque puja al levantarlas. Columpia los brazos para llevárselas al hombro.

—Ándele. Si quiere, le ayudo.

Te mira los dedos. Parpadea con fuerza. Sonríe con tosquedad y escupe. Se vuelve a tocar las patillas.

—No se moleste, ya estoy acostumbrado —le dices con una mirada de indignación.

—Ta' güeno. Yo no dije nada, don. No malinterprete las cosas.

Se sonroja. Le guiñas el ojo para demostrarle que no pasa nada. Le abres la cajuela y él mete las cajas. Luego entran los dos al taxi. Te abrochas el cinturón y arrancas.

—Hace el resto de calor, ¿verdá, jefe?

—Sí, hace harta calor. Y eso que apenas empieza. Imagínese cómo va a estar el mes que entra.

—Sí. Yo creo que vamos a tener que traer un hielo en el hocico todo el tiempo —te dice mientras señala su boca abierta. Se cruza de brazos y espera atento tu respuesta. No dejas de mirarlo por el espejo donde hay un rosario que se mueve de un lado a otro. Te roba la atención por un segundo.

—La verdá que sí. Luego nomás lo tiene a uno amansado.

—Bueno, ¿Y qué dice la chamba, ¿flojona? ¿O le está yendo bien?

El muchacho te agrada. Te despierta confianza. Con él tardarías las horas platicando sin cansarte. Se nota que tú también le agradas por esa sonrisa que no se le quita desde que subió.

—Pos, más o menos. En toda la mañana me he echado tres viajes: uno a la Meche, otro a Sonora y otro a San Juan.

—Ya imagino las patas que vio por allá, jefito.

La picardía se asoma en su mirada. Te ríes. Está chamaco, piensas.

—Sí, hartas pirujas, que nomás quieren sacar lo que no gana uno. Ya hasta lo quieren a uno bonito, como los pinchis artistitas de hoy, todos amanerados.

—Eso sí, don. No comprenden que el mexicano es feo, pero lo que importa es el corazón y sobre todo el verbo. Siempre me ha funcionado, por eso me he llevado dos que tres pompis a la cama.

Al hablar, no deja de mover las manos.

—Eso sí.

Lo ves con admiración. Te hubiera gustado ser como él de joven, con esa facilidad de palabra, con esa vitalidad que anuncia su cara. Un muchacho fuerte al que no cohíbe nada.

—Es buen pedo que diosito lo socorra con trabajo, jefe. Porque, ¡cómo está cara la vida! ¿Verdá?

Se santigua con la mano izquierda. Sus dedos son delgados y largos, no como los tuyos.

—Pus sí, no hay de otra. Hay que trabajar, si no ¿quién te da pa' las tortillas y los frijoles? Ni modo que el presidente. Ese nomás se rasca los huevos y luego se los huele. Es lo único que sabe hacer. Y los jodidos, chinguense, por tarugos. Y más si está uno viejo. Ya no se encuentra chamba con facilidad.

—¡Ora sí me hizo reír, jefito! Tiene razón, hay que trabajarle. Panza llena corazón contento, ¿qué no?

Paras el taxi por el alto. El muchacho da un aplauso y afirma con la cabeza. No deja de mover los dedos delgados. Piensas que se le ven hermosos. A excepción de uno que

otro mezquino dispersado en ellos que los afea, pero no importa. Están delgados. El asombro se mece en tu mirada. Si esos dedos fueran tuyos, los traerías llenos de anillos y no los dejarías que se llanaran de ponzoña, como los suyos. El ruido de los coches te despierta.

—Exactamente, muchacho. Bueno, ¿de qué trabaja usted, joven?

—Acá, humildemente, vendo lo que me vaya cayendo; una que otra chacharita: que la cabeza de muñeca, que las revistas pornos, lo que sea. En mi puesto hay pa' Juan y Abraham. Vendo ahí en el tianguis del Bordo de Xochiaca —se pone los dedos en la boca y los baila.

—Oiga, ¿tiene hijos? —le preguntas para que se distraiga y cambie la posición de su cuerpo.

—No, jefeito, pero mantengo a mi cabecita blanca, como está un poco enferma. Yo soy el único sustento —la mirada se le entristece y los ojos se le humedecen.

—Pos, ¿qué tiene?

—Está mala de la sal, eso me la está matando y ora me salen los doctores que también tiene azúcar. Por tanto susto que ha llevado. Ya ve cómo está la delincuencia en el país. Por más que le dije a la jefita: “Cárguese en la bolsa un bolillo, por si lleva un espanto, le dé unas mordidas”. No me hizo caso. Y mire las consecuencias.

—Újule, la diabetes es bien mala. No le queda de otra que cuidarla bien pa' que le dure muchos años.

—Así es la vida, jefe. No somos nada —se peina el cabello con los dedos.

—Sí. En veces estamos, en veces nos vamos. Bueno, pero al fin y al cabo la calaca nos va a llevar a todos, ¿no?

—Dios guarde la hora, jefito, que la boca se le haga chicharrón, pero sí, la Santita nos va a llevar a todos. Oiga, hablando de la calaca, ha de ser bien riesgosa su chamba ¿verdá? Se ha de encontrar con mucho maleante —te avienta una mirada mustia.

—Sí, pero gracias al Santo Niño de Atocha, sólo me han asaltado feo, lo que se dice feo, una vez. Las otras nomás me han taloneado que pa' la cerveza o la lata de activo.

Él niega con la cabeza, muestra indignación. Se vuelve a peinar con los dedos y agacha la cara.

— ¡Cómo hay chamacos vergueros que nada más quieren andar jode y jode a los que sí trabajamos! ¿Cuénteme cómo fue que lo asaltaron?

Te sonrojas. Para ti es difícil platicar el suceso, pero él se ha ganado la confianza para contarle las cosas.

—Harta pena me da, fue un sábado como a las once de la noche. Ya sabe, joven, de esos días en que la lluvia no te deja ver nada. Que se sube una pareja. Se veían bien decentes. Pus la muchacha era de esas gorditas malhechonas, pero bonita la condenada: güerita, con chapas de la Jeidy y el muchacho era de esos que no sabes distinguir si son machos o hembras. Me dijeron que los llevara a Tepito. La chamaca desde un principio se veía querendona. Pero en el transcurso nomás se iban riendo de mi desgracia.

— ¿De cuál desgracia, don?

— Mis dedos, joven, mis dedos.

—Mire que ese detalle es lo de menos, don. Viera que no me había dado cuenta —suelta una risa maliciosa.

Lo miras por el retrovisor. Observas cómo sonríe. Unos hoyuelos le marcan los cachetes. Tratas de no distraerte al manejar.

—Como le decía, joven. Luego de llevarlos a Tepito, sacaron una de esas grapas de coca y comenzaron a olerla, sin respeto alguno. Al dar la vuelta en una calle, el canijo

que me pone la navaja en la panza, ansina, mire: bien grandota. Que me dice con una voz gangosa: “orillate”. Pensé que me atravesarían las tripas. Me pasó toda mi vida en un segundo. Y adivine qué me dijo.

—No, ¿qué le dijo?

El muchacho disfruta la historia que le cuentas. Te mira atentamente, sin parpadear y con las manos recargadas en el respaldo del asiento del copiloto.

—Me da harta pena. Me dijo que hiciera cosas con estos dedos. Y que si no lo hacía bien, me iba a dar de zapatazos en la jeta.

— ¡No la chingue! —Suelta una carcajada que le desgana el cuerpo.

—Verdá de Dios. Pa’ qué le miento —haces la señal de la cruz y le das un beso.

—No, no, ¡en qué mundo vivimos! —la hipocresía se le acomoda en los gestos.

—En contra de mi voluntad lo hice. Tenía la navaja encima. Me arrimé a la chamaca. Y soltaron la carcajada en coro, cuando la gordita vio que yo me le arrimaba: “¿A dónde, viejito? Es él con el que tienes que jugar.”

— ¿Lo hizo?

—Tuve que hacerlo. Ya se imaginará cuántos zapatazos me dieron. Luego me quitaron los dineros y que se van los hijos de la chingada, así muy normales. Yo me quedé rete espantado. No me podía ni mover. Pero me dije: “Jamás volverán a verme la cara de pendejo”. Por algo tengo todos estos años encima.

— ¡Qué mal pedo!, jefe ¿no le digo? Hay que tener cuidado con las gentes. Por eso, siempre debería de guardar su dinerito —te mira con ansiedad. Se asoma para ver si no se te ve el dinero y antes de cambiar la mirada, observa tus dedos.

Jalas la jerga que tienes por un lado y haces una maniobra para envolverte los dedos, sin soltar el volante con la otra mano.

—Pus sí, joven, viera que sí. Aquí abajo del asiento lo tengo en una bolsita. Y miré, traigo chile piquín. Si me quieren asaltar, se los echo en la vista.

Le bailas la bolsita de chile en su mirada. Te hace señas para que se la prestes. Saca un poco de polvo y lo chupa.

—Sobre todo la precaución. Oiga, ¿y no se dio cuenta de algo muy cierto con lo que me contó?

—¿De qué, muchacho?

—Que todo tiene una razón de ser. Tal vez la vida le puso a los asaltantes en su camino para que se diera cuenta que sus dedos en verdad sí le sirven y que tal vez está echando a perder su vida siendo taxista y que su destino es ser estrella porno — te toma del hombro con esos dedos largos.

—Sí, verdad. Puede que usted tenga razón, muchacho.

Él cree que ya ganó tu confianza. Que serás una presa fácil y que se llevará tu dinero, sin que hagas nada. Aceleras. Las llantas rechinan. Un tope se te atraviesa. Frenas con tosquedad y te orillas.

—En serio. Si quiere, le consigo dónde. Tengo muchos contactos —es lo último que alcanza a decir antes de que su cuerpo dé un azote suave en el asiento—. Estuvo duro, jefe. ¿Le pasó algo al carro? Se escucha un ruido.

Te quitas la franela que cubría tus dedos. Sales del taxi y revisas el motor. Le gritas al joven de dedos hermosos.

—Creo que es la banda, joven. Écheme la mano. Como que no quiere arrancar.

Revisa el motor. Mueve los cables. Le echa un salivazo a la batería. Toca la banda. La observa. Al instante, te subes al taxi y lo arrancas. Él emite un sonido gutural. Sales para ver lo que pasó. Le miras la mano ensangrentada y sin un dedo que le arrancó la banda. No para de gritar. Te dice que lo auxilies, pero tu vista no deja de ver el suelo.

Reaccionas, como si te bñfetearan. Traes la jerga. Recoges el dedo del piso y le quitas las piedritas que lo adornan.

—Súbase al taxi que lo voy a llevar al hospital —le dices con una especie de sonambulismo que poseyó tu voz y movimientos.

Yo nomás soy el chofer

Desde la tarde andamos en la carcacha, la que está toda destartada y que tiene podrida la lámina. Según es la que despierta menos sospechas, pero yo digo que llama la atención por lo vieja que está. No hemos salido de ésta, más que para aventarnos un refín. Ya son las dos de la mañana y tiempo de accionar. Enciendo el motor. Éste tartamudea. Está como entumido, al igual que mis piernas. Finalmente arranca. Así lo dejo para que se caliente. Le pido a la Santa Blanca que esta chingadera no nos deje colgados a la hora de la hora. Mientras me salgo a estirar los juanetes y aprovecho para hacer mi necesidad. El Bebé me mira y hace lo mismo. Luego se sacude la cosa y se la mete.

—El gordo del Wicho me dejó al mando. Según él, porque yo soy viejo en esto y porque tengo los tanates bien puestos. Le dije que yo nomás soy chofer, que pusiera a otro para que él se aventara la bronca de tirar el cuerpo. A mí no me gusta mancharme las manos de sangre. Por eso te traje a ti, Bebé, para que tú hagas lo tuyo. Y no pongas esa cara, que nos va a tocar a partes iguales.

El aire abanica mi cara. La lluvia escupe las calles con un leve murmullo. Los charcos de agua le sirven de espejo a la luna, que tiene un color rojo desgano, como en agonía.

—Bebé, para esto hay que sabérsela y tener la sangre fría —me mira como si yo fuera una especie de gurú. Eso me agrada. Pela los ojos que están debajo de esas cejas depiladas—. Wicho dijo que nos aguantáramos hasta que ya no hubiera gente y que lo hiciéramos en corto y sin hacer tanto argüende. Tú nomás avientas el cuerpo y ya. Estás a tiempo de arrepentirte, pero ya sabes, cuando tengamos un nuevo bisne, no vamos a hablarte, chamaco. Te digo por última vez, ¿los tienes bien puestos?

—Sí, estoy en lo dicho. Carcajadas —me contesta con los huevos en la garganta.

—Si vieras la jeta que traes de sonámbulo, Bebé. Y eso que tú no mataste a nadie —se chupa los labios y se encoge en el asiento.

Manejo. La noche está bien muerta. No hay un alma en la calle, más que uno que otro perro raquíptico que se asusta con las luces. Las apago para que no comiencen con el coro de ladridos, que nomás eriza los pelos. Abro bien grandes las rendijas para ver mejor en la oscuridad, que parece una tela que se enmaraña en mis ojos. Luego de unos minutos, mi vista se acostumbra. Aun así, manejo despacito, pues entre tanto bordo, uno brinca y se le revuelve la panza. Las llantas están atascadas en un charco de lodo. Me echo de reversa y salgo rápido. Después entro en una nube de polvo que se mete en mis pulmones. Estornudo. El Bebé me dice salud.

—¿Qué hacemos, Carcajadas?

—¿Cómo que qué, Bebé? Cumplir. Al fin y al cabo chamaco. Es la última vez que te pregunto: ¿quieres hacerlo?

—Ya te dije que sí.

Lo veo de reajo. Se truena los dedos. Le tiembla el labio. Hace bolas de papel y las tira en sus pies, que calzan unos tenis verdes. Estira los brazos y bosteza con ruido. Le lloran los ojos. Los aprieta. Una lágrima medio rejega se asoma. Después saca un cigarro de mariguana y lo prende. El olor a quemado me alborota la saliva y todo mi esqueleto parece que revive.

—¿Quieres las trenzas?

Habla para dentro, sostiene el humo. Infla los cachetes jiotosos y se mueve como si se le hubiera metido un espíritu. Tose y avienta una flema. Estira el cigarro malhecho hacia mí. Lo toca delicadamente con el índice y el pulgar. Me ofrece.

—Presta.

Se lo arrebato y hago lo mismo que él, pero a mí me da más fuerte la tosedera. El Bebé, con tosquedad, me golpea la espalda. Yo le hago señas de que estoy bien. Le doy las respectivas tres al cigarro y se lo regreso.

—¿No que muy doble AA, Carcajadas?

—Sólo por hoy, Bebé. Y mira, cabrón, te veo más decidido. Como que ya no estás de puto —él sigue fume y fume.

—Sí, ya estoy más animado. Sólo fue un sacón de onda.

Le digo que lo apague, que nada más era un empujoncito, que debemos estar bien pa'l encargo. Se echa baba en los dedos y lo aplasta. Emite un leve quejido al quemarse.

El Bebé dice que trae la boca seca. Sus labios se ven sin sangre. Dice que por los nervios, siente como piquetitos en todo el cuerpo que hacen que se alce del asiento y que no se esté sosiego, que tiene ganas de correr.

Apago el carro y me salgo. En ese mismo instante, aparece una patrulla. Un policía se baja. Aprieta la pistola sin desenfundarla. Mi corazón patalea más de la cuenta. Los pies me tiemblan. Me mira. Nos pregunta si queremos ayuda. Le digo que no. Nos echa una mirada más y luego sube al carro y se van.

—Tal vez nos olieron y fueron por refuerzos —su voz se entrecorta. Se agita. Le digo que se calle. Me subo a la carcacha. Manejo despacio. Las cuadras se me hacen eternas, pero por fin hemos llegado al canal de aguas negras. Nos bajamos y vamos hacia la cajuela.

—Quítale el alambre y saca el cuerpo —le señalo la cajuela.

El Bebé abre la cajuela. Mira el cuerpo de la vieja. Está tiesa.

—¿Por qué chingados no me dijiste que era una morrita, pendejo? — le da un golpe al carro.

—Qué más da macho o hembra. Para la otra pregunte desde un principio, cabrón, —lo jalo de la sudadera hacia mí. Su cara está descompuesta, como que trae encimados varios sentimientos—. Tú sabrás. Pero si no lo haces, te vas a marcar y al rato el Wicho te va a andar buscando para hacerte paleta.

—Nomás dime ¿quién es ella? ¿Qué les hizo? —Emite un suspiro que se interrumpe con el vómito. Se inclina. Después se limpia.

—No te metas en pedos que no te corresponden. Usté haga la chamba y tan, tan. Era una pendeja que estaba bien embarcada. Debía un buen de perico.

Convencido, el Bebé se limpia las lágrimas. Jala a la vieja que trae amarradas las manos con una pañoleta y con el tiro de gracia en la frente. No puede con ella. Me pide ayuda, pero le digo que yo sólo soy el chofer, que yo no me mancho las manos de sangre. La lleva hasta la orilla del canal y allí la suelta con suavidad. El Bebé no me dice nada. Su mirada queda inerte, sin parpadear. Se quita la sudadera y tapa el cuerpo con ella. Le digo que nos subamos, pero él está ido, viendo a la chamaca que tiene los ojos entreabiertos y la boca llena de tierra. No le digo nada. Me subo al carro y me voy despacito para ver si me alcanza. La patrulla se ve a lo lejos.

Don Andrés

Entro al cuarto donde tienen al viejo. Se escucha una estación de radio antigua. Apago la grabadora. Las paredes tienen una pintura blanca, gastada, transparente. Deja ver los antiguos colores con los que fue vestido. Las marcas de chinches están por todos lados. El olor a humedad me recibe. Aquí casi nunca se abren las ventanas.

Y Juanita, ¡ay, Juanita! la más sabrosa de la colonia, la que se pinta el pelo de rojo y se pone sus mallones casi transparentes, está entretenida con el viejo Andrés. Le da un vaso de agua y le peina el cabello. Él tiente alrededor con sus manos torpes y llenas de lunares café para acomodarse en el colchón, donde a veces duermo, y así recibir a gusto las caricias de ella.

Ayer, cuando todavía estaba oscuro, lo levantaron de afuera de su casa. Yo no fui porque tenía que avisarle a Juanita que siempre sí la íbamos a ocupar pa' que cuidara al anciano. Dicen que el viejo estaba barriendo la banqueta. Fue fácil. No puso resistencia. De inmediato le vendaron los ojos para que no los reconociera.

El Pepo dice que se le puede sacar buen varo a la anciana. Él dice que los ha visto que se quieren mucho, que siempre se andan dando sus arrumacos. Por eso, ella no va a aguantar sin don Andrés. Nos dijo que no le amarráramos las manos, que de todos modos no tenía a dónde ir. De repente me da tristeza porque se parece a mi abuelo, pero luego se me quita. Ayer, cuando lo trajeron aquí a la casa, lo pellizqué, sin que se dieran cuenta. Comenzó con sus chillidos agudos que me lastimaron los oídos y la buenona de Juanita luego, luego fue a callarlo con una caricia en el cachete.

Todos somos vírgenes en esto, hasta el Pepo. Él se dedica más al robo de autopartes, pero dice que le quiere hacer los quince a su escuincla y que necesita sacar más varo. Por eso, desde hace unas semanas, le entró la espina de secuestrar a don Andrés, que tiene el puesto cerca de su casa. Dice Pepo que el don solito se empinó, que le soltó toda

la sopa. Que nomás són él y su esposa, que no tienen hijos y viven solos. Al Pepo le da lástima el viejo. Nos dijo que no lo maltratáramos, que lo quiere sin ningún rasguño porque en cuanto su esposa nos dé el dinero, vamos a soltarlo. Y Juanita lo sigue al pie de la letra. El anciano está soñado con ella, parece un chamaco que no quiere soltarse de sus brazos. No me da oportunidad para estar con la Juanita y rosarle las nalgas cada vez que puedo.

—Carlos, le voy a moler la comida. El señor no puede masticar bien.

Juanita está en cuclillas. Me mira con sus ojos de gato. Se arremanga el suéter, se hace un chongo malhecho y se levanta.

—No lo consientas, luego se hacen mañosos. Dásela así, Juanita.

A don Andrés se le salen palabras despacitas. Son casi susurros, como si nada más estuviera soplando. Acerco mi oreja. Reza un Padre Nuestro.

Ahí va la taruga, mueve y mueve las petacas. Sostiene un tenedor y aplasta la carne de pollo. Toma un poco con las manos. Se le mete entre las uñas largas. Intenta darle probaditas, pero él no quiere. Dice que no tiene hambre, que de por sí casi ya no come más que pan y caldito de frijoles. Tiembla. Yo le quiero dar una patada, pero la Juanita me detiene con una sonrisa coqueta. Sabe que eso me ablanda. Don Andrés alza la cabeza y la mueve hacia donde escucha mi voz.

—No espanten a mi mujer. Ella está mala de los nervios. Estoy seguro que de inmediato les va a dar el dinero que le pidan. No va a ser necesario usar las malas palabras, ni la fuerza.

Juanita le acaricia las manos. Le dice que todo va a estar bien, que no se preocupe. Le explica que no va a separarse de él. Don Andrés asiente con la cabeza mientras emite un sollozo entrecortado. Juanita lo abraza.

—¿Entonces qué, Juanita. ¿Cuándo me vas a dar el sí? —le digo.

Suelta una risita floja. Me mira de arriba para abajo y tuerce la boca la condenada. Luego se voltea para seguir con ese viejo que nomás la entretiene.

Suena el celular de la Juanita. Ella dice que sí y cuelga. Me explica que era el Pepo, que la mandó a hacer unas compras.

—Ahorita vengo, abuelito. No me tardo.

Don Andrés chilla, aferrado a la Juanita. Le quito las manos. Él, al sentirme, cede y baja los brazos, vencido. Antes de salir, intento darle un beso a la Juanita, pero se agacha y mejor se lo da al puto ese.

—Te lo encargo, Carlos.

La Juanita sale. Azota la puerta. Don Andrés brinca por el sonido. Doy un aplauso por su oreja para que se exalte más. Chilla. Los ruidos agudos se meten a mi cabeza. No para de llorar y le habla a Juanita. Me quito mi calcetín y se lo pongo en la boca con cinta canela. Y ahí lo dejo que haga su berrinche de viejito loco. Mientras me echo un baño.

Ya no escucho sus ruidos. El silencio me indica que algo le pasó a don Andrés. Está en posición fetal. Lo volteo. Su cara tiene un color azulado. Lo muevo para ver si respira. Todo su cuerpo se suelta. Se me cae de los brazos. Le quito la cinta. Está muerto. Tengo la oportunidad de irme, de dejarles el muertito a ella y al Pepo para ver qué hacen sin mi ayuda, para que se chinguen, pero mejor espero a la Juanita. Quiero mirar su cara cuando vea a don Andrés y ver si todavía tiene ganas de reír.

¿Loco yo?

Tu nieta te da probaditas de helado de chocolate. El mismo sabor que has escogido desde siempre. Ella estira la mano, por el dorso le escurre el líquido. Se la haces a un lado y comienzas a hablarle.

—No soy tonto. Nomás estoy viejo, que es muy diferente, muchacha. Ya quiero quitar esta jacaranda del jardín. Cada que me siento aquí, las hojas del árbol me tallan la cara. Hasta parece que se burlan de mí.

—Abuelo, escúchame bien porque luego dices que no me entiendes —se acerca a tu oído y te quita el sombrero—. Di la verdad, abuelo: no te gusta ese árbol porque es el preferido de mi hermano, ¿verdad? —te peina y te pone enfrente el espejo para ver si te gusta el peinado moderno que te acaba de hacer.

—Haz a un lado ese espejo. Bien sabes que no me gusta verme en ellos. Nada más veo las manchas redondas, como lentejas aplastadas, que me recuerdan lo viejo que estoy. Por eso ella me cambió. Ya no soy el mismo que la conquistó. ¿Te alcanzas a acordar de mi voz de tenor?

—Sí, abuelo. Estaba muy chiquita, pero todavía me acuerdo, —ella te acomoda tu camisa chueca. Abrocha el botón en el ojal que le corresponde.

—Ahora es una caricatura, hija. Los años hicieron muy bien su trabajo. Parece que esculpieron grietas por todo mi cuerpo.

Miras pasar una cochinilla por tu pie. La remueles con tu bastón de madera, que tiene en el cuerpo esbelto pequeñas cicatrices de las astillas ausentes. Con él te sientes seguro, con cierto poder. Cuando quieres algo, golpeas el suelo o si no alcanzas alguna cosa, sólo lo estiras y ya está.

—¡Ay, abuelo! ¿Qué culpa tiene la pobre cochinilla de tu enojo? Además no es verdad. Es figuración tuya. El doctor nos dijo que te está dando una enfermedad que se

llama demencia senil y eso hace que a veces te imagines cositas, abue, que están nada más en tu cabecita de algodón.

Te abraza con la mano que tiene desocupada. Una gota de helado cae en tu nariz. Ella la limpia con la manga de su suéter. Te da un beso apretado.

—Eso no es cierto, chamaca. Lo que pasa es que le sirves de tapadera a esa vieja cochina, que no le importa que ya esté vieja. No le da vergüenza andar con un escuincle. Cuanti más su propio nieto.

Ríe. Te aprieta los cachetes flácidos. Odías que te hagan ese tipo de carías. Sientes como si te tuvieran lástima y no amor. Ella trata de taparte las palabras con otra cucharada de helado.

—¿Loco yo? Ustedes son los locos. A mis ochenta y tres años, estoy más cuerdo que tú y que toda la familia junta. Si quieres pregúntame de todos los presidentes que han pasado por México y te los numero toditos. Si estuviera loco ni siquiera me acordaría de mi nombre. Al rato, esa mujer, ya más engreída con el chamaco, me va a querer aventar algunos polvos para matarme.

—¡Cómo crees eso de mi abuelita! Si la conoces bien. No en balde tantos años de casados. Lo que pasa es que estás celoso, abuelito, porque ella es muy cariñosa con mi hermano. Acuérdate que le tiene mucho amor porque lo cuidó desde chiquito, chiquito. Así, mira.

Se agacha. Te vuelve a tocar los cachetes, mientras junta los dedos pulgar e índice para indicarte una seña de pequeñez. Ríe. Se le forman unos hoyuelos iguales a los tuyos.

—Pues es lo que digo. Si son familia. Esas cosas no deberían de suceder. ¿Y yo? ¿Nomás estoy pintado o qué?

—No te me pongas triste, abuelito. ¿Te doy más helado?

—Ya no quiero nada. Se me amargó la boca. Mejor dame agua, pero simple. Así me doy cuenta si me echaron algo.

Tu nieta viene con el vaso de agua. Se quitó el suéter. A cada paso que da, se mueve la mochila con sus útiles.

—Abuelito, me tengo que ir a la escuela, pero ahí se queda mi hermano. Está con mi abuelita viendo la tele. Cualquiera cosa, le gritas. De una vez te digo para que no se malinterprete, él le está dando un masaje porque se siente tensa.

—No te digo, si nomás esperan la oportunidad. Además yo qué le voy a estar gritando a ese mocoso. Yo puedo más que él, pero de todos modos le hablo para que no digan que tengo algo en contra de suya.

Bostezas. Es la hora de tu siesta de las tres de la tarde. Golpeas el piso con tu bastón para que tu nieto venga por tí y te lleve a tu recámara. No te escucha. Sostienes el bastón con fuerza. Te levantas y caminas lentamente a la sala. La televisión tiene el volumen alto, es por eso que no te escuchan. Entrás. Allí está tu nieto con tu esposa. Está despeinada. Se abrazan con ternura, mientras él le da un beso en el cachete. Te miran, palidecen. Se sueltan. Te arrimas a ellos. Los tocas con tu bastón para distinguir si es real o es parte de tus alucinaciones. Él se hace a un lado. Los vuelves a mirar, te sientas a su lado y les sonríes. Es una jugada de la mente. Tu nieta te lo dijo. Le dices a tu nieto que le baje el volumen y que haga una jarra de agua de limón.

Todos son iguales

Estoy que me lleva la chingada. Hace el resto de calor. La luz se refleja en el cristal del parabrisas. El aire no se está sosiego y anda del tingo al tango alce y alce el polvo. La basura vuela. Yo la miro para desaburrirme, mientras manejo. Rodríguez desabrocha su cinturón. La hebilla choca contra la puerta, hace un leve sonido, que lastima mi oreja. Se recarga en el asiento, bosteza y luego suspira. Siempre hace lo mismo cuando siente que tiene el control. Un gesto de satisfacción le florea, mientras se soba la panza de hidrópico.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer, mi estimado? Esto urge. Tenemos que chigarnos al puerco ese. Y guardar la honra del jefe.

La última frase la pronuncia con más lentitud, como si quisiera saborearla o como si fuera un político que da un discurso a la gente jodida.

—A mí qué chingados me importa su honra. Si muy ardido, que él lo haga. A nosotros nos vale madre que aquel canijo se estuviera echando a su nalga. Él por pendejo. Si ya se sabía que en cualquier momento esa puta barata se iría con uno más vergonudo, con más camarón que el puto del jefe.

—Usted no se fije. Nomás es pa' tenerlo contento, mi estimado. Ponte la mano en el corazón. Hoy por ti, mañana por mí. Con esto, nos lo vamos a ganar. Así, tal vez nos deje poner otra tiendita de perico. ¿A poco no te gustaría chingarte a dos que tres zorritas? De esas chamacas pendejas que fuman piedra y te la chupan por un papel. Seamos realistas, mi estimado. Tú, pa' pronto, estás feo. Ve, es difícil que una nalga se te arrime. Si lo hacemos vamos a tener culos y poder. ¿Qué más puede pedir un mortal? —Se quita la cerilla con la uña larga del dedo meñique y después me palmea, mientras escupe—. ¿Te gustaría estar en su lugar? ¿Que una putita de a varo se te subiera al cuello y te estuviera engañando con el primer cabrón que se le atravesara? No, ¿verdad? Yo

respondería igual por ti, si viera que te están haciendo lo mismo. Créeme, no dudaría fuera quien fuera,— aprieta el puño y pega a un lado de la puerta. Adopta un gesto de seriedad; de esos que casi nunca se le ven porque de todo ríe con la intención de que se le vea lo único bueno que tiene, su dentadura derecha y blanca.

—Bueno, ¿y en dónde lo vamos a encontrar, Rodríguez?

—Por eso no hay pierde, mi estimado. El Sancho es dueño de las micheladas que están junto al Bordo de Xochiaca. No pongas esa cara. Mira, nos echamos unas muertas, vemos el movimiento y, ya cuando salga, lo subimos con engaños. ¿En algún momento tiene que salir, no? Le damos sus madrazos y pa' que no lo reconozcan, lo quemamos. Además nadie va a sospechar de nosotros. ¿Cómo ves?

Aunque ya es tarde, el sol sigue méndigo. Se refleja en el semblante de Rodríguez que tiene la vista lampareada. Me mira con esos ojos rojos carnosos y con la boca llena de saliva espumosa formada en racimos alrededor de sus labios. Enciende un cigarro y lo sostiene entre sus dedos adornados de anillos de oro y callos amarillentos.

La noche se deja caer sin avisar. El aroma del canal y los truenos que nos escoltan nos avisan que llegamos. El lugar deprime, es una cervecería rascuacha, las paredes no están aplanadas, se nota que el tiempo se ha comido lentamente los ladrillos, pero es lo mejorcito por estos rumbos. Los hombres entran con caras de zombi, sin ninguna expresión; la piel de sus rostros se ve tiesa, estirada.

Se deja venir una lluvia tosca. Subimos los vidrios del carro. Se escucha la explosión de las gotas de agua sobre el coche. Antes de pasar, sacudo los tenis como si quisiera espantar a los demonios que traigo encima, pero nomás es para sacudir el lodo que sale disparado en plastas. Rodríguez sacude las botas picudas, las que le dieron por un trueque de la cagada que vendemos.

Los canijos que al parecer son albañiles nos ven entrar. Traen el mismo semblante con el que entraron, como si todo les diera igual. Luego siguen con su plática que, aunque no la escuchemos, se ve aburrida. Rodríguez los mira haciéndolos menos. Siempre ha dicho que prefiere vender la mierda antes que ser macuarro y llenarse de tierra la cara, que es lo que más aprecia de su persona. Se arrima una mesera de pelo ralo y tinte desgastado, nos pregunta qué vamos a querer. Se le marcan unos hoyuelos deformes en los cachetes. Yo le pido una michelada oscura y Rodríguez le pide una clara.

Las burbujas de la cerveza se alborotan en el vaso, como si fueran perseguidas y no tuvieran escapatoria, chocan entre ellas y suben a la superficie. La espuma está cortada por el jugo de limón y la sal. Unas bombas grandes se rompen ganosas. Le tomo a mi chela. Mastico los granitos de sal que se quedaron en mis labios. Rodríguez cruza las piernas y se toma con rapidez la cerveza, sin dejar de ver a la mesera. Luego se pega en el pecho como un simio y eructa con ruido. Dice “perdón”, soltando una risa cavernosa. Aprieta su pistola, como para asegurarse que todavía está allí, y mira a la chamaca para percatarse de que ella también lo vea. Él le avienta un gesto malicioso, mientras se rasca el cabello tapizado de caspa. Le habla para pagarle y salimos sin decir siquiera gracias. Rodríguez dice que nunca hay que dar las gracias porque eso es rebajarse con el otro y eso no está bien porque se pierde la jerarquía.

Ya es tarde. Estamos enfrente de la cervecería. Por fin sale el cabrón Sancho, roba culos. Andará rondando los 60. Está canoso y tiene una panza de veterano, de ésas que se ven duras e infladas por las cervezas de antaño. Rodríguez se echa un chicle a la boca y se baja del carro. Se arrima al Sancho. Le pide la hora. El Sancho agacha la mirada con desgano. Apenas alcanza a decir: “Son las tres...” cuando Rodríguez le apunta con la pistola. Lo jala y lo mete al carro, como si él fuera una araña que arrastra un pequeño insecto.

—Hora sí ya te chingaste, cabrón, por agarrar nalgas ajenas.

El Sancho puja. Rodríguez no para de hablar leyéndole la cartilla al pobre Sancho que nomás pela los ojos cristalinos y está entumecido por el miedo.

—Estás chingado, pendejo, no hay remedio —le dice Rodríguez.

El Sancho abre los ojos, como si quisiera expulsarlos de los párpados para no ver su realidad.

—¿Quién los mandó?

—Ah, caray. ¿Pues a cuántas te estás empujando? Bueno, eso vale madre. Aquí lo grave es que te estás chingando a la Laura, la putita de los jugos. Da la casualidad que es la funda del que nos da de tragar. ¿Cómo ves?

—No sean hijos de la chincada. Miren, tengo cuatro mil pesos. Se los doy y ya no me acerco a esa zorra. Es más, de por sí ya me iba a ir a mi pueblo la semana que entra. El negocio ya no me da mucho por lo que me quitan los de la Familia. Piénsenlo. Yo no sabía a quién pertenecían esas nalgas.

Jalo al Rodríguez que pone la cara de vengador. Le digo que lo dejemos ir y que nos vayamos a las michas. Con eso, nos podemos ir a algún balneario y pasarla chingón por un rato. Le brota una mueca de inconformidad porque piensa que lo quiero mover. Vuelve a tomar el mando. El Sancho saca el foquin dinero. El gesto duro de Rodríguez es vencido por una leve sonrisa que expulsa por su boca delgada. Se arrima al Sancho que no deja de temblar.

—Mira, cabrón, te vamos a dejar ir, pero danos el varo por adela. Y te vas mañana luego, luego. Sin mamadas. —Rodríguez le apunta a la frente con la pistola.

—Pero eso, sí. Te vamos a dar una madriza por andar tocando lo que no es tuyo.

—Sí, y que se pegue unos becerrazos.

—No güey, si no somos putos —me dice Rodríguez, indignado.

El Sancho nos enseña el dinero. Al momento, Rodríguez lo apaña y me dice que después me da mi parte. Luego saca al Sancho de una patada del carro. Éste corre como si estuviera borracho.

Caliento el coche, mientras Rodríguez nos sirve un tequila en vasos desechables.

—Está un poco caliente, mi estimado, parecen miados.

—Es el de la otra vez. Ya quita esa cara. ¿Estás inconforme, verdad? Como si a ti te la hubieran hecho, Rodríguez. Además, directamente, el jefe no nos lo encargó. Tú fuiste el caliente. Ese güey ni siquiera sabía qué tranza.

—Pues sí. La idea era que nos chingáramos a ese cabrón y le dijéramos al jefe para que nos diera más plazas, pero ya qué. La neta es que yo también me estaba echando a la putita de la Laura. Por eso me calentó los güevos. Mira que tener la sangre de echarse a cabrones viejos como el jefe y el Sancho ése.

—No te digo. ¡Todos son iguales, Rodríguez! Canijo que se le arrastra al jefe, es el mismo canijo que se chiga a las viejas que trae. Si ya me había dado cuenta, no soy pendejo. Bueno, saca el dinero, ¿no?

—No la hagas de pedo. Luego te lo doy. Deberías de ser más comprensivo, mi estimado. Yo tengo vieja, gasto más. Tú no tienes nada, más que a tu madre y un hermano loco que nomás sabe reírse y cagarse en los calzones. —Me mira con la burla floreada en sus facciones y, sin decir nada más, se toma de un trago su bebida.— Ya, olvídate del dinero y échate otro tequila. Es más, apaga el motor y vamos al canal pa' distraernos.

Apago el motor, caminamos hacia el canal. La luna se refleja en el agua con un color desafiante, que mata la vista y que obliga a los ojos a esconderse en el caparazón de los párpados.

—Mi estimado, hay que hacer patitos en el agua.

—¡No chingues, Rodríguez! No sea mamón.

—Todos tenemos un niño interior, ¿o no?

Ríe con brutalidad, como un imbécil. Alza la mitad de un tabique y lo avienta con poca fuerza.

— ¡Con huevos, Rodríguez! Sigo yo. No dejes de ver el agua.

Preparo otro pedazo de tabique. Rodríguez está endiosado con el agua, observa los destellos que le quedaron a la imagen de la luna después de haber sido deshecha. Muevo el brazo para acomodarme y ser el mejor en el arte de hacer patitos, pero en lugar de eso prefiero estrellar la piedra en la cara de Rodríguez. Se escucha un ruido hueco. Cae al suelo. El espanto le mueve los gestos.

—¿Qué hiciste, mi estimado? Ya me rompiste la nariz. Si es por el dinero te lo doy.

—No, no es eso —le contesto más calmado.

Su rostro se ve desnudo, ya no trae esa coraza que lo disfrazaba de todo un hijo de la chingada. Le doy la mano para levantarlo. Le quito la tierra de la cara. Rodríguez suspira, al momento en que me da las gracias. Después saca los billetes arrugados, los estira, los cuenta y me da la mitad.